GALERIA DE NOVELAS DE EL ORDEN.

LA PROTECCION
DE
UN SASTRE.

NOVELA ORIGINAL

POR D. MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

Propiedad

de



MEXICO:—1852.

IMPRENTA DE BOIX, BESSERER Y COMP.
EDITORES, IMPRESORES Y LIBREROS.

Callejon del Espíritu Santo núm. 8.

LA PROTECCION

DE UN SASTRE.

Hácia el año de mil ochocientos y tantos, amados lectores mios, y esto, que puede muy bien ser tan solo un cumplimiento para los varones, es la verdadera espresion de mis sentimientos para todas las mujeres bonitas que me lean;—hácia el año de mil ochocientos y tantos, vino á Madrid un tal Rafael de yo no sé cuántos, muchacho de unos veinte y pico de años de edad, de no malas disposiciones intelectuales, ni tampoco mal dispuesto corporal y mecánicamente. Puede que con el tiempo sepamos de dónde venia este muchacho, yo por ahora tampoco sé de esto una palabra. Lo que sí sé de cierto, es que no tenia parientes en la corte, y que con la intencion, sin duda, de no estar en ella falto de *proteccion*, traia consigo un compañero, con quien podia estar casado ó no estarlo, porque era el compañero una mujer. Yo no sé cuáles serian los primeros pasos que este hombre y esta mujer darian en la corte, pero supongo que serian los necesarios para buscar casa, porque apenas llegados, estaban ya viviendo en una muy decente habitacion de una decentísima casa de pupilos, fonda ó cosa parecida.

La primera vez que yo puedo dárselos en retrato á los lectores, estaban los dos hablando, sentados el uno enfrente del otro. Tenia Rafael, al parecer, una proporcionada estatura, era mas flaco que gordo, pero bien hecho y elegante en sus modales.

Pintábase en su fisonomía toda la fuerza y toda la nobleza que acompañan á la juventud algunas veces, en esta nuestra época de decaimiento físico y adelanto moral, y que debian acompañarla siempre en siglos mas felices, cuando la juventud no vivia mas que con el corazon, que noble y generoso, como lo es siempre al principio de la vida, la separaba del mezquino y suspicaz espíritu de exámen, adorno, encanto y regalo de los jóvenes, aun mas que de los viejos, en este siglo de verdad embustera, de egoismo y de infamia.

Tenia nuestro Rafael dos ojos serenos y valientes, negros y rasgados, bajo unas cejas apenas arqueadas, tan negras como ellos y que se dibujaban con fuerza en la blanquísima frente, espaciosa y marcada con varias protuberancias, que hubieran podido hacer pensar á un frenolojista principiante, que estaban allí indicados grandes talentos y otras zarandajas. El pelo era tambien negro y lijeramente rizado, la nariz mas aguileña que otra cosa, la boca mas chica que grande, espresiva y simpática, las mejillas sonrosadas y frescas, la barba regular, y para concluir bien y á propósito, las orejas eran como todas las orejas, que por muy cucas que sean, como estas lo eran, siempre son feas y ridículas, miradas sin pasion y á la luz del sano juicio.

La mujer con quien hablaba, interesaba desde luego por la delicadeza, gracia y proporcion con que estaban en ella colocados todos los pedazos que componen este pobre cuerpo humano, que era en esta mujer todo lo rico que puede ser de belleza y de *agradabilidad*. Esta palabra *agradabilidad*, no está en el diccionario. Tendria unos tres años menos que Rafael, ó dos, ó uno; al fin, era mas jóven, y quédese esto aquí, y vamos adelante con nuestra historia.

Estaban los dos vestidos como para salir de casa, sin un escesivo lujo, pero con muchísimo gusto y á la moda, aunque no sé si á la última, porque en Madrid apenas hay última moda, lo que á muchos les probará atraso, y á mí me prueba otra cosa.

Sobre los muebles de la habitacion en que se hallaban, que eran por mas señas nuevos y bonitos, habia, aquí unos guantes, allí una sombrilla, mas allá un sombrero, y por este órden esparcidos, una porcion de objetos, de estos de que se echa mano en el momento crítico de salir á la calle.

—Aquí nos tienes, dijo por fin Rafael.

—Sí, respondió la jóven con aire distraido, *aquí estamos*.

Sonrióse nuestro muchacho de la indiferencia con que fué pronunciado el *aquí estamos*.

—Sí, Luisa mia, aquí estamos, y dia vendrá en que pierdas la desconfianza con que aquí has venido.

—Desconfianza...... no, estando contigo, Rafael, y teniendo tú esperanzas, de nada desconfio.

—Bien, Luisa, así, ten esperanza en mí y allá verás.

—Y ademas tenemos dinero, dijo Luisa, mirando á Rafael con una espresion entre triste y maliciosa.

—De sobra, respondió éste, de muy buena fé y como quien decia una verdad.—Antes de gastar los catorce ó quince mil reales que tenemos, verás como he logrado mi objeto.

—Por supuesto que nos harémos económicos, ¿no es verdad? y pronunciaba Luisa estas palabras con cierto tono de burla benigna, en que bien á las claras se conocia que en todo podia tener fé, menos en la economía de Rafael.

—Por mas despilfarrados que seamos, ceñidos á un tan triste capital, Luisa mia, no malgastarémos mucho dinero. Pero gasta todo lo que quieras, Luisa, porque ya te he dicho que antes de que se acabe ese dinero, ya habré yo visto realizadas mis esperanzas.

—Bien, Rafael, pero como hasta ahora, de tantas veces como me has hablado de tus esperanzas, ni una sola me has dicho nada de positivo, ni de su fundamento, nl del fin á que caminan......

—¡Ea! la interrumpió Rafael, ya tenemos al mezquino espíritu mujeril, queriendo poner puertas al campo. Las esperanzas mias tienen su fundamento yo no sé dónde..... y ¿quién va á adivinar á dónde pararán? Pero, querida Luisa, si tú no concibes mas que lo que te puedes esplicar lógica y razonadamente, á mí me sucede todo lo contrario: concibo yo no sé cómo, todo lo que no puedo esplicarme, y me ha sido casi siempre imposible concebir lo que me esplican.

—¡Talento peregrino! esclamó Luisa, con una recalcada cariñosa y burlona admiracion, al mismo tiempo que levantándose, empezó á colocar en los sitios á que cada una correspondia, una porcion de baratijas, que la pusieron, despues de un rato que pasó tarareando indiferentemente, mientras se adornaba con lijereza, en disposicion de cojer el brazo á Rafael y salir con él de casa.

Las mujeres, lector mio, son una cosa muy rara.

Ni tú ni yo sabemos lo que son.

Acaso lo sabrá la amabilísima y amadísima lectora.

Yo creo que tampoco lo sabe.

Pero sépalo enhorabuena: tú y yo nos quedamos como antes, sin saber una palabra en la materia.

Ignorante, pues, como lo estoy, de todo lo que tiene relacion con la parte intelectual del ente hembra humana ó séase racional, nada tendrá de particular que me engañe en lo que creo; y lo que creo, es lo siguiente:

Yo creo que las mujeres no tienen juicio, así como creo que tienen muchísima *formalidad*, y de aquí creo yo que nace la escasez de mujeres calaveras, lo que puede ser muy bueno, y la abundancia de mujeres insípidas, lo que es muy malo; y de aquí creo yo que nace la casi imposibilidad en que se encuentran los hombres de topar con la mujer en punto.

Sexo querido, no vayas por Dios á atribuir á desamor estas lijeras observaciones, sino al contrario, míralas como hijas de mi mucho amor y de mi acendrado cariño, que me fuerza á andar siempre caviloso, y discurriendo el medio que habria para quererte mas á mi gusto, y para si posible fuera, enmendar la plana al Criador y añadirte algunas perfecciones mas de las que tienes, que á mi corto entender, no habian de estar de mas.

Quedamos, pues, en que, salvo error, á las mujeres les falta juicio y les sobra formalidad, y aquí añadiré que les sobra otra cosa, que con un poco mas de juicio y un poco menos de formalidad, haria sin disputa, no toda, porque no puede ser, pero al cabo, la posible felicidad del género humano; y que hace ahora, por lo general, ó su ridícula infelicidad, ó ya que vaya por bien, su tontísima distraccion.

Esta cosa de que voy hablando, es el amor.

No hay ser en la naturaleza que encierre mas amor que la mujer, ni hay otro á quien se le conozca menos.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho, así como lo que en adelante

puede decirse en la materia, debe entenderse dicho y pensado generalmente, y salvas algunas afortunadísimas escepciones, con que algunas afortunadísimas gentes se encuentran, porque se empeñan en ello, y á costa de su trabajo lo consiguen.

Generalmente hablando, puede asegurarse que no hay cosa que menos se les conozca á las mujeres.

Se les conoce, sí, cierta atolondrada preferencia en el principio, y cierta preferencia, que no da ningun derecho al hombre á creerse bien querido, y que le tiene tan en el aire despues de ocho ó diez mil protestas de amor, es decir, despues de una porcion de conversaciones, que se necesitan para hacer tantas protestas, como en los primeros dias de coqueteo. Verdad es que esta inseguridad es un paraiso de dudas, que proporciona al hombre el inefable placer de estar siempre en ridículo consigo mismo, y espuesto á cada momento á caer en el de los demas.

Y.... ¡quién lo diria! al mismo tiempo hay en las mujeres instantes sublimes de amor manifestado á sus amantes, y que el diablo me lleve si no son sublimes todas las horas de amor que ellas tienen á sus solas.

¿Cómo no ha de haber entusiasmo y abnegacion de sí mismo, en un ser espirituoso, delicado y volátil, que ama, que necesita amar, que no puede hacer bien ninguna cosa sino amar, porque para amar solo sirve, y que del amor, y solo del amor, se alimenta y saca todas las satisfacciones de su vida?....

Yo no sé si esto será bastante; pero por lo menos á primera vista, parece que hay razon suficiente para creer, á pesar de todo, que las mujeres aman con delirio cuando están solas, pensando.... ¿en qué pueden ellas pensar, sino en sus amores, en sus vestidos, ó en otras cosas así muy enlazadas con sus pasiones?

Todas estas reflexiones las hago aquí, acaso sin venir á pelo, á propósito de que en este paseo que Rafael dió por la corte, se enamoró de él una jóven y lindísima muchacha, que puesta en un balcon de una calle por la cual nuestra ya conocida pareja á la sazon pasaba, tuvo la fortuna de encontrar en Rafael todo lo que necesitaba para enamorarse. Cuentan, pues, que le vió, y que al punto de verle, se prendó de él; pero dicen que se guardó muy bien de dar á entender ni la mas mínima cosa, y que antes de dar á Rafael la pequeñísima satisfaccion de mirarlo con buenos ojos, que no era

mucho hacer, atendiendo á que ella estaba frita en pasion y rebosada en deseo, de resultas de esos súbitos bofetones de Cupido, se retiró ella con muy buen cuidado del balcon, con mas muestras de enfado que de gusto, apenas notó que Rafael, de muy distinta manera, y con muchísimo interes en el semblante, la flechaba sus dos ojos negros, que con tanto placer se hubiera estado contemplando cuatro ó seis dias la enamorada niña.

¿Y quién se lo impidió? nadie. En su mano estaba el cumplimiento de su deseo, que era bueno, generoso, social, filantrópico y otra porcion de cosas mas, sin que al mismo tiempo faltara ni en el canto de un duro, á la debida compostura y honestidad. ¡Vamos, es cosa de desesperarse!

¡Pues ven acá, mujer de Satanás, nacida y criada para nuestro daño! ¿Qué hubieras perdido, criatura desacordada, en mirar al que tanto querias? ¿No era lo que deseabas, mirarle y volverle á mirar? Pues hubiérasle mirado, con mil diablos, y hubieras tú tenido esa satisfaccion, y él hubiera tenido otra, y los dos hubiérais quedado mejor que quedásteis; él hubiera quedado con su amor propio un poco satisfecho; y no hubieras quedado tú, como dicen que quedaste pesarosa de lo que habias hecho, sin poderlo ya remediar, enfadada, triste, y hasta contigo misma emperrinchinada y llena de rabieta para todo el dia.

Eso que te ha sucedido en esta cosa pequeña, os suele suceder á todas vosotras en cosas pequeñas y grandes, y esa maldita falta de voluntad y hasta de *lógica*.... ¡de lógica, Dios mio, de lógica! ¡qué falta! Pues señor, esa es purísima tontería, que enfada y cansa.

Dicen, pues, que se retiró del balcon esta buena señorita, con un amor con que no habia salido á él. Entonces fué cuando empezó ella á amar de veras, y con todo el entusiasmo con que hemos dicho que parece que deben amar las mujeres á sus solas. Tenia apenas diez y siete años, y por el calor con que tomó aquella repentina y traidora pasioncilla naciente, se conoce que era una muchacha de muy buen fondo, de esperanzas, y de sensible y generosísimo corazon. Yo tengo para mí, que habia de ser esta la primera vez que se habia enamorado, pues dicen que nunca habia estado tanto tiempo sentada en una silla como aquel dia, ni nunca habia ejecutado con tanta maestría de sentimiento en su piano algunos nocturnos y otras piececillas melancólicas, á que siempre habia sido muy dada.

Andaban Rafael y Luisa muy entretenidos por las calles de la corte, sin direccion ninguna, como aquel que encontrándolo todo nuevo, todo lo encuentra á su gusto. Las elegantes tiendas que al paso veian, presentándoles una multitud de objetos preciosos, tanto por su subido precio como por lo agradables, convidaban no menos al uno que al otro, á hacer frecuentes y costosas paradas en su incierto paseo, que se concluyó cuando se concluyó el dinero que á mano llevaban, que ciertamente no era haber gastado poco, para quien habia salido de casa sin intencion de comprar. Guiados, pues, por el muchacho, á quien habian cargado con las compradas frioleras, volvieron á su casa, no descontentos de lo que de la corte hasta entonces habian visto. Ni faltó tampoco quien hasta la puerta los siguiera, con el objeto solo de saber dónde vivia la hermosa mujer, que no habia dejado de llamar la atencion de mas de cuatro ociosos, de estos que en busca de no se sabe qué, andan siempre discurriendo por las calles concurridas de las grandes capitales. Hay en este mundo jentes que nacen de una manera tal organizadas, que no parece sino que en un palacio, cuanto mas en una corte, han sido nacidas y criadas. De estas gentes eran los jóvenes de nuestra historia, á quienes ni en lo mas mínimo se hubiera conocido que eran recien llegados de una provincia. Como consecuencia inmediata de este su buen porte, por aquello de que Dios los crela y ellos se juntan, eran tambien dos elegantísimos jóvenes, los que les habian cobrado la suficiente aficion para seguirlos hasta su casa. Despues que entraron en ella Rafael y Luisa, quedáronse nuestros dos mancebos parados á la puerta, siguiendo su conversacion de conjeturas acerca de quién pudiese ser la mujer, que uno de los dos interlocutores comparaba á todo lo hermoso que se ha conocido en el mundo en todos sus tres reinos, animal, vejetal y mineral.

—Por lo visto, le decia el otro, ya has hallado mujer á quien querer.

—Falta me hacia, respondió este, porque no parece bien un hombre sin amores, y hace tres meses lo menos que yo no los tengo.

—¡Como que este vieno con trazas de amor!

—Chico, yo no sé, pero enamoradillo me siento.

—¿Y quién será ella?

—¿Y á mí qué me importa?

—¿Y él?

—El....él....tienes razon, él....¿pero á mí que me importa? él no le he mirado bien; pero te juro que por hermoso que sea, no ha encendido en mí una pasion tan vehemente que me prive del placer de ofrecértele, para que tú lo enamores á tu sabor.

—Riete....pero si acaso es su marido....

—Peor seria que fuera su amante. ¡Ojalá, Dios mio, hayas permitido algun dia la union de estos dos esposos, que tú permitirás tambien su desunion! y sea, sobre todo, lo que tú quieras! ¡Ea! ven acá, pongámonos en la acera de enfrente, porque puede salir al balcon, y no quiero andar perezoso en estos amores. ¡Oh! es una mujer!....

—Bien, Cárlos, bien; pero cada uno á sus quehaceres, de mujer á mujer no va nada, voy á ver si doy aunque no sea mas que medio paso, en ese otro coqueteo de ahí á la vuelta.

—Adios, Luis. Sí, sí, procurarémos mujeres, porque está visto que ellas no se vienen á las manos, sino á fuerza de sudorès, de gestos y de palabras: ya he pasado por esta los sudores del seguimiento, estoy en la época de los gestos si sale al balcon, ¡como yo llegue á las palabras!.... ¡Divina mujer!.... Adios.

Y pasóse nuestro jóven á la acera de enfrente, y marchóse el otro, en busca sin duda de otra mujer, que no se vendria á las manos tampoco, sin muchos malos ratos adelantados por el hombre.

¡Oh mujeres, mujeres! y cuántos jóvenes pierden por vosotras momentos preciosos, que pudieran, con mas provecho, dedicar al estudio de nna ciencia esacta! Sin embargo, no es mi intencion reprenderos, pobres mujeres, porque enmedio de todo, no van tan mal las ciencias esactas que haya motivo para quejarse.

Yo no sé, si es que muchas veces el corazon le dice á uno que haga alguna cosa, ó si se asomó por casualidad; es lo cierto que Luisa se asomó al balcon.

Asomarse, reparar en Cárlos, y hacerse la desentendida, todo fué uno.

No era este, sin embargo, tan poco esperimentado que no pudiera apreciar en sus tres verdaderas partes aquel todo uno, y aun le gustó que se hiciera la desentendida despues de haberle mirado, por ser esta una inocentada de mujer, que suele agradar mucho.

Clavó, pues, los ojos en ella, y aguardó pacientemente á que ella hiciera otro tanto; pero como esta tambien era mujer jóven, ya po

dia haber estado Cárlos esperando una semana, que lo mismo que ahora le sucedió, hubiera tenido que marcharse, sin una mirada franca y generosa, porque la franqueza y la generosidad no llegan á ser prendas de las mujeres, hasta que han llegado á ellas, con los años, otra porcion de cosas.

Y eso que Cárlos tenia una interesante figura, pues aun cuando desde el balcon en que estaba Luisa, no se pudiera distinguir, por ejemplo, de qué color tenia los ojos, y ya sabe todo el mundo que el color de sus ojos hace mucho en la belleza del animal hombre, y nosotros sabemos que los ojos de Cárlos tenian buen color; llegaba su imágen, sin embargo, bastante linda á los recelosos ojos de Luisa, que bien hubieran podido mirarle con gusto y sin recelo.

Túvose, pues, nuestro amante que contentar con saber que Luisa le habia visto, y conjeturar que puesto que habiéndole visto, habia puesto cuidado en no mirarle, mas bien la habia gustado que otra cosa.

Si no fuera por el gran don del raciocinio, que nos hace conocer el fondo de las cosas, sin reparar en una porcion de enemiguillos, de que siempre anda cercada la verdad, todos estábamos muy mal en este mundo; pero sobre todos, los infelices que aman, porque los pobres, aun con su raciocinio y su lógica correspondientes, de ciento una vez, cazan una verdad en los semblantes, palabras y movimientos de sus queridas.

Pensó, pues, Cárlos, como íbamos diciendo, que mas habia gus tado que disgustado á la hermosísima desconocida, y así, aun cuando esta se retiró del balcon á poco rato, sin haberle mirado derecho ni tres segundos, como habia hecho otra porcion de cosas, y como nuestro Cárlos no era mal raciocinador, marchóse de allí contento, aunque murmurado entre dientes.

—¡Son tan fastidiosos los principios en amores! Pero no importa! Y se fué tan alegre como habia venido.

Escusado nos parece decir que Rafael y Luisa comieron, despues de lo cual, como era gente desocupada, y como el tiempo en que entonces estábamos era el de verano, salieron otra vez de casa y fueron al Prado, paseo que no es malo, pero que podria ser mejor, como otras cosas de este mundo. Dieron allí la primera vuelta en el *salon*, pero bien pronto notaron que la gente si no mas escogida, porque, ¿quién va á escojer entre la gente? por lo menos de mejor tono y mas aristocrática, no paseaban por donde ellos, sino por una calle contigua al salon y mucho mas estrecha que él.

Este paseo es el que hemos dado en llamar *Paris*, como podria mos haber dado en llamarle berenjenas, que bien ricas las cria nuestra buena España. Rafael y Luisa, con su buen instiuto, pusiéronse bien pronto en el paseo de buen tono y abandonaron el otro, de lo que no les pesó cuando conocieron las ventajas que de andar por el paseo estrecho se seguian. No hay en él, con efecto, la confusion que en el otro, porque siendo mas reducido el terreno, encajónase la gente de manera que se ven todos los que pasan, y todos los que pasean, y todos se ven muy de cerca. Gustóles mas la sociedad mas *íntima* de este paseo, que la sociedad mas *rara* del otro, y á nosotros nos sucede lo mismo, por mas que haya gente que no piense así, porque está en el error de que puede uno divertirse en este mundo, con comodidad y á sus anchuras.

Como es de suponer, estaba en el paseo Cárlos, que apenas vió á Luisa, cuando despues de haberla mirado, con lo que otro llamaria descaro y yo llamo amor, trató de tomar posicion detras de ella, para ver de irla manifestando, poco á poco, su mucho cariño. Para conquistar á las mujeres en el paseo, llamémosle campo de batalla, creo que no es necesario, como en otros campos de batalla para conquistar algun punto fortificado, tomar ninguna altura ni cosa que lo valga, sino perseguir muy de cerca al enemigo mujer, llevándole siempre delante, y al alcance de las descargas de palabras del que ataca. No dejó de notar Luisa, ni la mirada ni el movimiento de Cárlos: conociólo este, y creyó, y muy bien creido, que habia dado un

gran paso. En efecto, hacerse ver en pocas horas, dos veces de una mujer á quien no se ha visto nunca, es el principio innegable de hacerse ver una porcion de veces al dia, y esto, si va unido con la satisfaccion de la que ve, es verdad que puede ser otra porcion de cosas, pero tambien puede ser amor. Colocado, pues, ya nuestro Cárlos detras de Luisa, trabó con el que lo acompañaba, una de esas conversaciones que se tienen para que sean oidas, en la que trató de lucir toda la ligereza y toda la gracia que Dios le habia dado. Alguna debia de ser, pues logró que mas de una vez se sonriesen tanto Rafael como Luisa; con lo cual, animado, dicen que aquella tarde tuvo mas talento que nunca. Afortunadamente para él, hubósela de caer á Luisa el abanico, ó el pañuelo, ó yo no sé qué, y como quien estaba decidido á no perder ripio, ingenióse de modo que pudo levantarlo del suelo antes que Rafael, afectando al mismo tiempo cierta fria indiferencia, por si era marido, para con él, y mirando á Luisa, cuando puso en su mano la cosa caida, de una manera tan poco indiferente, que ella, entre asustada y amable, y hermoseadas las mejillas con un súbito y mágico carmin, y hermoseados los ojos con una indefinible espresion, pronunció en vez de gracias, un ¡ay Dios mio! tan lleno de coquetería, que es, entre paréntesis, la buena educacion de las mujeres, que hubiera bastado por sí solo para prendar á Cárlos, si tan prendado no se hallara.

Feliz sin duda fué esta tarde Cárlos, y por el mismo estilo podia haber sido feliz otro corazon, que encerrado en su cuerpo correspondiente, por allí andaba paseando, si este corazon no hubiera tenido la desgracia de caer en cuerpo de mujer. No se habrán olvidado los lectores todavía de aquella niña que desde aquel balcon habia visto á Rafael aquel mismo dia. Pues esta niña tambien le habia visto esta tarde en el paseo, tambien se hubiera puesto detras de él, y tambien le hubiera alcanzado cualquier cosa que se le hubiera caido, pero no es costumbre. Y como si no bastaran todos estos obstáculos, que á estas cosas puramente materiales se oponen, otro motivo habia venido á oponerse, hasta á la secreta espansion del cariño, en este corazon mujeril. Como Rafael iba con la misma mujer á quien acompañaba por la mañana, era de suponer que estuviera casado. Ya hemos visto cómo se habia portado Cárlos, á pesar de que la misma idea le habia asaltado con respecto á Luisa, pero el amor del

hombre es mas espontáneo y menos razonado que el de la mujer. Las mujeres tienen una conducta admirable y digna de envidia, en esta parte. Es verdad que no están seguras las esposas de que no las arrebatará su esposo, otra esposa mal desposada, ó alguna viuda honesta; pero aun cuando su marido sea el hombre mas hermoso, mas amable, mas cabal del mundo, con dificultad podrá inspirar amor á una vírgen, á menos que esta vírgen sea deshonestísima, ó lo que es lo mismo, no comprenda sus *intereses*.

Estos son apuntes para una *consideracion general, sobre el amor de las mujeres*, que pienso escribir, si Dios me ayuda.

Ibamos, pues, diciendo que se la ocurrió á la niña aquella, que de paso dicen que se llama Inés, que Rafael estaba casado, y que con motivo de habérsela ocurrido esto, empezó á conocer lo que nadie. Pero como no lo sabia de cierto, conservó aún el bastante amor, ó mejor dirémos aficion, para ver con gusto que Rafael, siempre que pasaba, la miraba con la mas decidida espresion de amor. Ella, por de contado que era la misma mujer de aquella mañana, y así seguia con su mismo carácter, conteniendo contra todo el torrente de su voluntad, sus dos hermosísimos ojos, que á no ser tan hermosos, feos hubieran parecido, cuando siempre que pasaba Rafael, tomaban ó querian tomar cierta espresion de dignidad despreciadora, que quita toda la belleza á las mujeres, y que las aconsejo, que nunca usen, porque en estos momentos, todas ellas tienen algo, y mas que algo, de la doncella de labor, honrada, valiente, trabajadora y de buenos padres.

No dejó, sin embargo, Rafael de conocer por alguna mirada que á su pesar se la escapaba á Inés, que habia en aquellos ojos alguna cosa que pensaba en él. En esto de amores, hay indudablemente un misterioso lazo entre los que se han de querer, que nadie puede descubrir, pero cuyos efectos se sienten. Inés habia visto por la mañana á Rafael, y habia desde entonces pensado en él; Rafael, desde que por primera vez habia visto á Inés, pensaba tambien en ella, y no dejaba pasar una vuelta, sin hacer todo lo que puede hacerse en tales casos por dárselo á entender. Ella estaba contentísima con esto, pero no se daba por entendida, por el deber que se habia impuesto de hacerse la indiferente, obligacion necia, que no la atormentaba menos que el pensamiento de que aquel hombre estaba casado,

Haciéndose, por fin, el distraido nuestro Rafael, cortó de repente una vuelta y se colocó detras de Ines, que advirtiéndolo, yo no sé si se puso un poco colorada y se cortó en la conversacion que con otra jóven como ella, y una vieja muy bien conservada, y en estado aún de merecer, llevaba.

Sorprendió, y no poco, esta vuelta brusca á Cárlos, que creyó desde luego que habia sido aquel un movimiento peculiar en la especie del animal marido, pero no tardó mucho en dar tambien la vuelta, diciendo al amigo con quien iba.

—Este ya se escamó. No importa, me alegro: vamos á ponernos otra vez detras, y salga lo que salga. Ella no es él, si á él le incomodo, á ella la gusto: eso es, adelante.

La juventud es irreverente:—¿y qué le hemos de hacer? Advertimos que no son buenas las ideas que manifiesta Cárlos. El escritor mas moral se ve á veces precisado á contar cosas que nada tienen de morales; haga una advertencia como esta cuando esto suceda, y duerma tranquilo, porque él ha hecho lo que ha podido por sus lectores.

Iban, pues, por el paseo Inés, la otra y la otra, tres; detras Rafael y Luisa: cinco; y detras Cárlos y su amigo: siete personas en rosario. Y habia entre aquellas personas, y sobre todo, podia haber relaciones estrechísimas. Es de suponer que no seria este el solo rosario, ni las solas relaciones futuras que habria en el paseo. Ingeniosísimo ha sido el Supremo Hacedor en todos los medios que hace discurrir al hombre, para procurar *ir viendo si* se relaciona con sus otros hermanos, hermanos que han perdido la costumbre de saludarse por las mañanas, y hablarse con cariño siempre que se encuentran, por lo numeroso de la familia, por lo ocupado que cada uno anda en sus negocios, y sobre todo, porque el padre verdadero no parece, si se le busca con cien luces, y el que en la confusion la echa de padre, ni conoce á sus hijos, ni deja que ellos le conozcan, ni habla él tampoco con cariño á nadie, *ni nada*. Pues uno de estos ingeniosísimos medios, es el de andar el pretendiente de relaciones, delante ó detras, y dale que dale, siempre cerca de la persona apetecida; y aunque puede suceder que ande ochenta años un hermano tras de otro hermano infructuosamente, es la mas general que al fin adquieran uno y otro, el derecho de menear la cabecita y sonreirse siempre que se encuentren; y esto, que es lo que se llama saludo, es prueba tal de cariño que debe economizarse mucho.

Digresion es esta que por inoportuna y oscura deberia borrarse. Bórrese en hora buena, y adelante.

Como no habia sido la intencion de Rafael la que Cárlos suponia, ni aquel echó de ver que este le seguia otra vez, ni este notó en aquel la mas mínima cosa que le convidara á hacer alguna calaverada, que otra cosa mejor no era de esperar de quien tan poco respetaba los conyugales lazos, no supo él á qué atribuir la total indiferencia de Rafael, que ocupadísimo con Inés, así se curaba de toda la demas jente que en el mundo habia, v. gr., como un rey de sus vasallos.

Pero como parece que no habia la misma indiferencia en Luisa, avínole bien, y no se metió en mas averiguaciones.

De lo que pasó desde aquí hasta el dia siguiente, no sé ni una palabra; pero no debió andar Cárlos ni perezoso, ni desgraciado, porque contra toda su costumbre, se levantó aquella mañana muy temprano, hablando solo y diciendo. "Si esa mujer no me quiere, no entiendo yo una palabra de mujeres. Es necesario no perder iempo, si el torpe del marido no está en casa, y ahora mismo la veo:" y empezó á vestirse, cantando y aturdiendo á voces á un muchachuelo rubio y bien dispuesto, que le servia de ayuda de cámara.

Vistióse de prisa, al descuido, pero sin dejar de verse en el espejo, que no le disgustó, reflejándole una figura suelta, derecha y noble, y ya iba á salir, cuando pensándolo mejor, se puso á escribir una carta, y concluido este negocio en dos minutos, salió de casa murmurando entre dientes: "Si no la puedo ver, no importa, carta al canto."

Dirigióse con esto á casa de Luisa, llamó á la puerta, salió á abrirle una criada, la preguntó si se podia hablar con el ama de la casa, la criada le respondió que sí, y fué introducido despues de atravesar un largo callejon, en un aposento irregular y medianamente amueblado, donde sentada en una desvencijada y antigua silla polrona, y teniendo á los piés un gran cesto de labor, se hallaba el ama de la casa, cosiendo á la sazon unos calcetines.

—Señora, muy buenos dias, dijo al entrar Cárlos.

—Muy buenos los tenga vd., caballero, respondió la señora, colocando al mismo tiempo, en forma de guante, en su mano izquierda, un calcetin.

—¿Y qué se le ofrecia á vd?

—Señora, yo sé que esta es la casa mas decente en que se alquilan cuartos amueblados en todo Madrid.

—Gracias, caballero, gracias,-y á buen seguro que sí, porque mi marido, que Dios haya, era un empleado en las rentas de S. M. y tiempo ha habido en que he tenido abono de cazuela en el teatro y....

—Pues bien, señora, interrumpió Cárlos, yo quisiera ver algun cuarto, porque......

—¡Ay hijo mio! Si vd. hubiera venido antes, y tan buen cuarto como hubiera vd. hallado! pero ahora justamente, tres habitaciones, que son una gran sala con dos gabinetitos, y en cada gabinete su alcoba, me los tienen ocupados un jóven y una señorita, que parecen ser muchas personas, porque el uno duerme en un gabinete, y el otro en el de enfrente: matrimonios de señores: ¡Jesus, y qué mal gusto!

—¡Voto va! esclamó Cárlos, el cuento es que yo quisiera hablar á esa señora, porque la conozco, y puede que me cediera un cuarto. El marido no estará en casa y......

—Si señor, no se levantan hasta las doce: puede vd. volver, que ahora no son mas que las diez y media, y si vdes. se arreglan......

Columpióse en la silla nuestro Cárlos sin decir una palabra, hasta que despues de haber hecho cuatro jestos de hombre que todo lo deja á la fortuna: Señora, dijo á la patrona, voy á darla á vd. una prueba de confianza, tan grande, que por imposible tengo que una persona de la educacion de vd., no corresponda á ella.

Sacóse ella maquinalmente el calcetin de la mano, prendió en él la aguja, todo lo dejó sobre la silla inmediata, y con los brazos cruzados, siguió oyendo á Cárlos que decia: Yo estoy ciegamente enamorado de esa señorita que duerme en ese gabinete, yo podria haberme valido de una de sus criadas de vd., para entregarla uu billete......

—¡Quite vd. de ahí, señor caballero! esclamó la buena ama de casa, las criadas son mujeres sin principios y torpes, que comprometen á cualquiera y......

Llenósele á Cárlos el semblante de júbilo, y viendo seguro el logro de sus deseos, y entusiasmado, no pudo menos de apretar con las suyas, una de las manos de la amable viuda, mano que tendria ya sus cincuenta años, y que tembló con todo.

Las manos de las mujeres tiemblan con facilidad, por un efecto de la irritabilidad de los nervios, segun parece.

Desde aquí en adelante, todo fué efusion de sentimientos y franqueza por ambas partes. Pidió dinero la vieja, dióselo Cárlos, dijo que era poco y que bien podia darla mas, contentóla Cárlos dándoselo, la entregó la carta, la encareció su amor, su agradecimiento, ella le encareció su fidelidad, su desinteres, maldijo la pobreza, la avaricia y los siete pecados capitales, y ofreciéndose á servir á Carlos como si fuera cosa propia, le acompañó hasta la puerta.

Y ahora digo yo.

¡Conque está ya visto que en este mundo, halla siempre el vicio acojida! ¿Quién será el que se niegue valerosamente á contribuir á una mala accion, cuando hasta la esposa de un antiguo empleado en rentas, mira el adulterio con cierta indiferencia de buena sociedad?

¡Adios virtud! adios! descansa en paz! que aquí descansarémos omo podamos.

En una mala habitacion de una mala casa de un mal barrio, que apenas hay cosa mala que vaya ni venga sola, estaban sentados al rededor de uno de estos muebles de barro, que llaman copas, y que sirven para lo mismo que los braseros, es decir, para tener lumbre en las habitaciones: al rededor, pues, de una copa, estaban sentadas, en una noche de las mas frias de invierno, tres personas, bien distintas en verdad, porque el uno era hombre, la otra mujer, y la otra persona era una hembra fea, y por lo tanto, ni hombre, ni mujer, ni cosa que lo valga. Tenia la habitacion en que se hallaban, todo el carácter que tienen todas las habitaciones pobres, que consiste en cierto aspecto disgustante, y en cierta desnudez de todo género de adornos, que sin duda ninguna no echan de ver los ojos de la jente pobre, pero que afecta de un modo particular y desagradable, los ojos de la jente que no es pobre, que están acostumbrados á cierta proporcion y cierto órden en el arreglo de sus *jaulas*. La chimenea francesa da muchisimo carácter á una habitacion: una habitacion con chimenea francesa, casi y sin casi, puede tener usía entre las demas habitaciones, aquí en nuestra España; puede tratarse de vd. á una habitacion que tenga en medio, ó aunque no sea en medio, uno de nuestros clásicos braseros. Pero ni la chimenea ni el brasero sirven para dar una idea esacta, acerca de si habrá ó no habrá dinero, en la casa en que se encuentran, esta ventaja tiene la copa de barro, que es signo inequívoco de que entre todas las personas que á su derredor se calientan, no hay ahorrados arriba de dos duros.

Y esto es tanto mas cierto, cuanto mas decentes son las personas sentadas al amor de la copa. Y de aquí se infiere que sabe Dios lo que se habria hecho de los catorce ó quince mil reales que tenian Rafael y Luisa, porque los dos, ni mas ni menos, acompañados de su feisima ama de casa, eran las personas de que estamos hablando.

Yo, que con tanto cuidado y prolijidad supe lo que les sucedió un dia: segun me parece, sin saber por qué, que es gran razon á falta de otra, no volví á saber de ellos ni una palabra, en una porcion de tiempo, hasta que ahora vuelvo á saber, y vuelvo á contar lo que buenamente sé. Desde entonces hasta ahora, han pasado dos me-

ses, ó uno, ó menos, ó cosa así. A fé que no es mucho tiempo: tú, lector, tengas ó no talento, puedes llenar este hueco con lo que mejor te pareciere, que lleno quedará.

Ciceron tambien, ó porque él no escribió, ó por otra causa cualquiera, dejó un libro todo lleno de vacíos, huecos ó lagunas como tambien se llaman. Para llenar las lagunas de Ciceron, lector amigo, necesitarias ser un sabio: feliz tú, que para llenar esta laguna de nada necesitas; feliz yo, que para verla llena, de nada tampoco necesito; y desgraciado Ciceron, que por necesitar de sabios, verá cuando mas llenas sus lagunas, no de agua clara, sino de caldo de sabio, que aunque mas espeso que el de pollo, contiene menos sustancia, alimenta menos, y empalaga mas.

Estaba, pues, Rafael, mas que sentado, echado en una silla, que algo distante de la pared, tirada hácia atrás, se apoyaba en ella con un codo puesto en una mesa cubierta con un tapete de damasco roto, que á su lado derecho habia, fumando pacíficamente un cigarro puro. Luisa estaba sentada mas cerca del fuego, enfrente de la mesa leyendo á la luz de un veloncillo, en un libro nuevo, pero impreso y encuardenado mezquinamente, lo que me hace creer que seria edicion hecha en Madrid, de alguna obra moderna. La buena de la patrona, sentada casi encima de la copa, estaba cabeceando, y mas que durmiendo, matando algo del mucho sueño que tenia. Por fuera zumbaba el viento, que es bien seguro que hacia tiritar á mas de cuatro infelices, porque hay mas de cuatro mil en Madrid, cuyo único amparo, mientras piden limosna, en noches como esta, es el caritativo rincon de alguna puerta, que siente impasible los movimientos convulsivos con que los helados miembros de estos desgraciados, se golpean en ella; y tan impasible los siente, que en pago, bien merecia esta puerta dejar de ser materia bruta, y convertirse en la humanidad personificada, que apenas es un poco mas *firme* de corazon que ella. El frio es un enemigo horrible del pobre, para quien no hay calor en ninguna parte, porque hasta la llama de su corazon se ha apagado, y no se ha apagado ella sola, por falta de vida, no, la ha apagado el frio soplo....¿dé quién? De todos nosotros, que nada hacemos que sea bueno; de todos nosotros, que somos tan dignos de ser ahorcados por malos, como de otra cualquier cosa.

Por fuera zumbaba el viento; pero la habitacion en que estaban Rafael, Luisa y su patrona, estaba abrigadísima y caliente, porque

era chica, y habia en la copa, muchas y bien encendidas brasas. Fumaba, pues, Rafael, leia Luisa, y la patrona dormia, y los tres, en calma, oian los silbos del aire, al amoroso calor de la lumbre. Reinaba allí un agradable silencio, solo interrumpido de cuando en cuando por un gato, que de poca edad aún para pensar en cosas serias, disfrutaba de la felicidad que proporciona la poca reflexion, retozando alegremente con cada mendruguillo de pan, ó cosa semejante que por el suelo topaba.

¡Oh vosotros, los que envueltos en el movimiento del mundo, seguís con él el rumbo que él sigue, que no puede ser bueno, porque el mundo es uno de los pocos enemigos del alma: vosotros, que sentando cada pié en un placer, seguís el camino de la vida, y aun así lo encontrais áspero y penoso, lo que tiene forzosamente que suceder, porque no hay placer en esta tierra que valga tres cominos para andar sobre él á gusto, ni aun el dia en que el que los tenga se corte los callos de los piés! vosotros, en fin, infelices, que no teneis un momento de calma, que os fastidiais divirtiéndoos, y que procurais divertiros mas y mas; para mas y mas cansaros, fastidiaros y aburriros ciertamente! y por último, yo tambien con vosotros, porque de vosotros he sido, hasta que ahora me ha tocado en el corazon la santa verdad!.... Vámonos todos juntos á buscar la felicidad donde ella está indudablemente, que yo os lo diré con amor de hermano!

La felicidad está en la silenciosa y caliente habitacion, y en las bien avenidas personas que he descrito. ¿No presta la paz de este hogar doméstico, el mas suave colorido al aislamiento de ese mundo, que tan empalagados nos tiene? ¿No es un reposo el amigo mas dulce, en cuyo seno puede dormir el cansado corazon, mientras el alma se entretiene con blandos y no ambiciosos pensamientos....?

Rafael, cuando acabó de fumar, arrojando la punta del cigarro á la pared de enfrente, esclamó con una voz llena de verdad, y tan fuerte que asustó á Luisa, y asustándola tambien, despertó á la patrona: ¡Maldita de Dios sea mi suerte!

¡Oh vosotros, á quienes iba yo á enseñar dónde estaba la felicidad! ya lo veis, esta horrible blasfemia me fastidia, quitándome la honra de ir á vuestra cabeza, á tan importante cacería: por lo visto, no está la felicidad en madriguera. ¡Chasco como él! Y no hay duda, aquí se maldice como en todas partes.

Separémonos, pues, amigos mios, y buscadla por donde mejor os pareciere: yo ahora no puedo ir con vosotros porque estoy ocupado; así que acabe de escribir, pienso tambien buscarla. Muchos siglos cuenta el mundo, y todos los hombres que en él han vivido, que han sido, por supuesto, infelices desde el vientre de su madre, han tenido nuestra misma intencion; sin embargo, ni aun en cecina nos han podido dejar tantos antepasados, nada que pueda llamarse felicidad. No importa, queridos compañeros; no hay que desesperar de encontrarlas: la desesperacion es gran pecado y no tiene perdon de Dios, porque es pecado de ingratitud á sus paternales beneficios.

—¡Alabado sea el nombre del Señor! tartamudeó con voz soñolienta y desagradable la patrona, de tal modo, que á nadie sino á Dios podia lisonjear una alabanza articnlada por tal boca; y prosiguió diciendo: ¡vaya, que tiene este caballero un modo de maldecir, que ya me rio yo!

—Pues riase vd., y riame yo, y ojalá nos riamos tanto, que reventemos de risa, la replicó Rafael con tono descompuesto, colérico y maldiciente, y se levantó de la silla, y comenzó á pasear á pasos largos por el cuarto.

Sublime, aunque pecadora figura hubiera hecho nuestro jóven, midiendo con el desconcertado compas de sus piernas, un campo que hubiera sido tan grande como el de su dolor. Probablemente, dado el primer paso, hubiera dado tantos y tan largos en la misma direccion, que el espectador le hubiera perdido en el horizonte, y se hubiera quedado encomendándole á Dios ó al diablo, ó á quien tan de prisa le llevaba; pero para desesperaciones grandes, suele haber cuartos chicos, que obligan á la mismísima desesperacion, desbocada en su viaje al infierno, á dar la vuelta y quedarse por acá, oponiéndola no una gran montaña, sino un miserable tabique de delgadisímos y frágiles ladrillos. Contra todas las cosas hay su cosa: contra todos los venenos hay antídotos; contra los siete vicios que envenenan el alma, hay siete virtudes correspondientes, que harán vomitar al alma mas terca y de mas fuerte complexion contra la desesperacion andariega de Rafael, hubo esta vez un cuarto chico que la forzó á pararse á las pocas vueltas, con la estrechez de sus dimensiones. Paróse delante de Luisa, que sin decir una palabra, pero con la marca elocuentísima de una lágrima que cruzaba su

ovalada y pálida mejilla, le miraba con esa ternura simpática que es en el rostro de una mujer hermosa, la prueba de que hay alma, de que hay Dios, y de que hay todo lo bueno que se desea que haya.

¿Y por qué esa misma ternura no será prueba de lo mismo, en el rostro de una mujer fea?

Esto debe consistir, á mi entender, en la diversa proporcion jeométrica de las facciones, especialmente de las principales como las narices &c.; satisfaccion filosófica y razonada, que enteramente acla ra mi misteriosa duda.

—¡Pobre Luisa mia! dijo Rafael, contemplándola largo rato sin decirla mas palabra. ¡Pobre Luisa mia! repitió al fin, con un acento salido de lo íntimo de su corazon y besándola en la frente, ya no rabioso, sino tierno, se separó de ella, yo creo que por no llorar como ella lloraba, y volvió á su paseo, aunque no ya con sus descomedidos pasos.

A esta sazon llamaron á la puerta, salió la patrona á abrir, y á poco rato entraron en la habitacion, ella y un hombre, embozado en una mediana capa azul con embozos y cuello corto de terciopelo encarnado. ¡Caramba si hace frio! dijo al entrar el recien venido y desembozándose despues, y acercando una silla á la copa, se sentó en ella, colocando con mucho cuidado sobre sus rodillas los dos estremos de la capa, que estaba ceñida á su cuello por unos corchetes de plata, de figura de leones coronados. Despues de esto, desempaquetó sus manos de unos guantes, no muy sucios, fuertísimos y anteados, frotóselas suavemente, aproximándolas al fuego, y por fin, diciendo á Luisa:—Luisita mia, yo siempre galante con las damas, se quitó el sombrero y le dejó sobre la mesa. Pero qué es esto, prosiguió, ¿ha llorado vd.? Voto va el chápiro verde, que siempre hemos de estar así! Bien es que con ese hermano que Dios le ha dado á vd. que en vez de alegrarla, no hace mas que pasearse y fumar, necesitando él tambien de consuelo, no es estraño que suceda esto! Vamos, Luisita mia, vamos, no hay que aflijirse así, mire vd. que las lágrimas ponen en remojo la cara, y acaban con la hermosura. Ea, Rafaelito, venga vd. acá, siéntese á la lumbre y fumemos mientras nos disponen la cena. Hizólo así Rafael, y apretándole la mano, le dijo:

—De veras, señor D. Ramon, que cada vez le quiero á vd. mas.

No estaba mal colocado el cariño de Rafael, porque era D. Ramon un hombre que con sus cincuenta y tantos años, y su cara blanca, enjuta y arrugada, á la que prestaban aun mas bondad unas patillas casi blancas, como el pelo, convidaba á cualquiera á quererle á primera vista.

—Y hace vd. muy bien en quererme así, le replicó D. Ramon, porque yo tambien les quiero á vdes. mucho. Pero vamos á ver, prosiguió, yo quisiera saber á qué vienen estas tristezas. Hoy hace ocho dias que vinieron vdes. á vivir aquí: desde que somos compañeros de casa, maldito si les he visto á vdes. pasar un dia sin lágrimas. Los primeros dias les aseguro á vdes. que esto me daba rabia; como yo no los conocia á vdes., no tenia confianza para decirles nada; pero ahora mismo, maldito si sé á qué viene tanto lloro.

—¡Si vd. supiera qué desgraciados somos! dijo Rafael.

—¡Toma! replicó el viejo, ¿y qué tiene que ver el ser desgraciado con ser lloron? No digo yo que estén vdes. todo el dia bailando; pero hombre, estar así como yo.—¿Pues qué, tan feliz soy? Y con todo, ¡qué diablo! vamos pasando Que son vdes. pobres, tambien lo soy yo, despues de haber seguido la carrera de las armas y haber llegado en ella al grado de coronel. Es verdad que vdes. al parecer están solos y sin amparo de parientes. Yo, en este punto, tengo aquí un hermano riquísimo, que me da una peseta todos los dias, y me convida á comer un domingo sí y otro no. En esto tienen vdes. razon, no sé cómo se puede vivir en este mundo sin un hermano rico. Un hermano, un pariente cualquiera, son una gran cosa; por lo menos, si ellos son ricos y uno es pobre, puede pedirles limosna sin vergüenza.

Calló por un momento nuestro buen militar, se sonrió como quien suspira, ó suspiró como quien se sonrie, y prosiguió en tono de dulce reprension:—Vamos, vamos, señoritos, que no hay por qué suspirar tanto; la juventud es gran cosa, y aun rodeada de males, ella por sí es fuente de bienes y de esperanza. ¡Pobre de mí! Mi vejez es mala, y si pudiera tener esperanzas, irian á parar ó á la muerte, ó á la decrepitud, que es peor que las esperanzas y la muerte. Ademas, yo he vivido bien en el mundo, y ahora vivo mal.

—Tambien nosotros, dijo Rafael con cierta espresion, que mas era de orgullo que de otra cosa, y como picado de que aquel buen viejo pudiera creer que ellos habian sido siempre pobres.

Flaqueza es esta que siento confesar en Rafael, pero la tuvo. Verdad es que todos los hombres de cierta educacion, olvidándonos de que no hay mayor pobreza que la de ser hombres, educados ó por educar, miramos con cierta repugnancia y vergüenza la falta de recursos pecuniarios. Y para esto, hay una razon de economía política, ó yo no sé de qué ciencia, que consiste en decir la verdad, consiste en ser, pero la razon consiste en decir que el hombre sin caudal numérico y sonante, da mas que medianos indicios de no tener tampoco caudal de talento, cuyo caudal, ademas del talento, está compuesto de la honradez, de la laboriosidad &c. &c. &c., y de otra porcion de buenas cosas morales é impalpables, que faltan á muchos ricos herederos, sin que se note, pero que deben sobrar al que, sin serlo, quiera tener esperanzas, aunque no sean mas de ser en la república lo que son los herederos ricos.

Tentado estoy de dejar mi cuento y ponerme á hablar, no en derecho, porque ni lo sé ni me hace al caso, pero sí contra todo derecho, ya sea romano, jermánico ó patrio, acerca de los testamentos y de las herencias, de los señores y de los esclavos, de una porcion de cosas, y de otra porcion de cosas; pero aunque se me pasan muy buenas ganas, considero que esto habia de disgustar á los lectores, mucho mas aún que el cuento, y considero ademas que el mundo tiene derecho á seguir mal, derecho que ha adquirido con una posesion *de buena fé* de muchos años, sin que nadie, por lo tanto, pueda legalmente perturbarle en la *pacífica posesion* de su malestar. *Beati qui possident.*

Quedamos en aquello de que dijo Rafael, que él y su hermana no habian sido siempre pobres.

—Eso es lo que yo no sabia, respondió don Ramon, porque aunque es verdad que yo veia en vdes. algo de *estraordinario*, como la *buena educacion*, sin embargo, no teniendo la suficiente confianza para pedirles á vdes. esplicaciones acerca de su situacion, no les habia hecho á vdes. ninguna pregunta, porque como casi todos los desgraciados, tengo un carácter muy poco investigador.

—Pues yo, señor don Ramon, le contaré á vd. sin que vd. me lo pregunte, todo lo que nos ha pasado en muy poco tiempo, que es todo lo que nos ha pasado en toda nuestra vida.

—Y yo se lo agradeceré á vd. mucho, Rafaelito mio.

—Y puede vd. agradecérmelo, porque esta es, en mi carácter, una gran prueba de amistad.

En esto entró la patrona, trayendo en un cesto de paja todo lo necesario para poner la mesa para cenar. Pusiéronse con este motivo en movimiento, Luisa, Rafael y don Ramon, y entre todos colocaron la mesa en medio de la habitacion, precisamente sobre la copa, que no venia mal para dar calor á sus piés, entre tanto que el de la cena ponia en accion el de sus estómagos. Sacó del cesto la patrona un mantel no muy limpio, cubrió con él la mesa despues de haberla despojado de su estropeado tapete, y colocó sobre ella hasta tres platos de talavera, no fina, acompañados de sus correspondientes cubiertos, que por ser de plata no necesitaban de las iniciales de los huéspedes, que tenian grabadas, para ser declarados libres del dominio de la dueña de todas las demas alhajas que componian el aparador. Sentáronse á las dos cabeceras nuestros dos hermanos, teniendo en medio á don Ramon, y dejando libre el otro lado de la mesa para colocar en él una jarra, tambien de Talavera, ciudad famosísima, y una botellita de cristal, blanca, larga y delgada, que podia haber sido bote de agua de colonia, y que contenia ahora la racion de vino del pobre viejo, porque nuestros jóvenes no lo bebian. Entró otra vez la patrona, y les puso de un golpe toda la cena en la mesa: con una mano un plato, casi grande, de guisado de vaca con patatas, y con la otra los postres, que se reducian á manzana y media, cuestion gramatical, ¿colocada, ó colocadas? en una frutera de China, famosísimo imperio, que sabe Dios cómo habria venido á aquella casa.

Si los postres eran escasos, estaban servidos con cierta decencia; con razon dice el refran que Dios aprieta, pero no ahoga.

En fin, despúes de haber pedido pan y vasos, que era lo único que se le habia olvidado á la señora Petra, y lo que faltaba para que la mesa estuviera completa, hubo, como se echará de ver, todos los instrumentos necesarios para que las personas racionales coman.

—Conque vamos, Rafaelito, dijo don Ramon, cuénteme vd., cuénteme vd. lo que le ha sucedido.

—Cenemos, respondió Rafael, y despues yo le contaré á vd. lo que quiera cuando se haya ido á dormir esa buena mujer, que para nada necesita saber quién yo soy.

—Recelo de niño, dijo don Ramon.

—No es sino orgullo de una especie muy rara.

—Pues á ese orgullo de una especie muy rara es á lo que yo lla

mo recelo de niño, porque solo le tienen los desgraciados principiantes, que todos son pudorosos, orgullosos, ó lo que vd. quiera, con la gente mas *baja* que ellos: pero viene un tiempo, amigo mio, en que la desgracia toma cierto carácter cínico y franco, y entonces, el desgraciado que ha tenido esto que llamamos *clase*, se olvida de ella, y se le da tres pitos de que sepan su desgracia todos los hombres del mundo, mas altos ó mas bajos que él.

Al oir estas palabras, que salian de los labios de don Ramon con cierta tranquilidad amarga, sonrojóse lijeramente el rostro aristocrático de Luisa, pero nadie lo notó; y como entonces entraba la vieja Petra, dió otro giro Rafael á la conversacion, que no fué muy viva, porque comian todos con bastante apetito. Acabaron por fin de cenar, separaron la mesa dejando libre la copa, y sentáronse los tres á su derredor, escarbando el fuego con una llave vieja que servia de paleta. Encendieron don Ramon y Rafael sus cigarros y se pusieron á fumar, y despues que la patrona recogió todos los chismes de la mesa, y trajo dos velones á manera de candiles, apagados, les preguntó si querian algo, y dándoles las buenas noches, se fué por la cocina á su camaranchon.

—Pues señor, dijo Rafael, mucho siento tener que recordar tiempos mejores; pero ¡qué diablo! yo tengo la culpa de todo, y bien merezco no tenerme lástima á mí mismo. ¡Pobre Luisa! Por tí sola estoy afligido, te he envuelto en mi desgracia.

—No, Rafael, no, si yo no hubiera querido seguirte, no lo hubiera hecho; no estés triste por mí, yo te quiero ahora lo mismo que antes, ¡ingrato! ¿Crees que puedo yo culparte de nada? ¿No crees en mi cariño que te disculpa de todo?

—¡Luisa mia! yo.......

—A un lado todo eso, señoritos, creanme vdes., si empiezan vdes. á echarse culpas y descargarse de culpas, de palabra en palabra se enternecerán vdes. y empezarán á llorar y hacer otras tonterías.

Habia en estas palabras, bruscas al parecer, cierto cariño candoroso y paternal, que aunque los lectores lo tomen á broma, suavizó un poco la situacion de Rafael y de Luisa. Infundióles el buen viejo cierta enerjía que les hizo suspender el tiernísimo diálogo que sin duda ninguna empezaba así, para concluir en lo que él llamaba llorar y hacer otras tonterías.

—Conque vamos, Rafaelito, á nuestro cuento.

—Nosotros, señor don Ramon, somos de un pueblo de Andalucía; nuestro padre era de Asturias, y habiendo sido militar, en la guerra de la independencia cayó prisionero, y despues de haber estado en Francia algunos años, volvió casado con una francesa noble y rica, á recojer la herencia de su padre cuando este murió: su madre habia muerto hacia ya mucho tiempo, y no tenia en su país ningun pariente. Redujo á dinero todos sus bienes, y volvióse con su mujer á Francia, donde estuvo hasta que murieron nuestros abuelos maternos, y muerto tambien un hijo que allí habia tenido, disgustóse del país, y como mi madre no tenia allí mas que parientes lejanos, se volvió con ella á España y se estableció en Andalucía en un pueblo no muy grande, pero colocado en una deliciosísima posicion. Allí nacimos nosotros y allí hemos vivido hasta hace muy poco tiempo. Mi padre, que habia sido militar, mas que por aficion á esta carrera, por la honrosa obligacion de defender su patria, en vez de entretenerse ahora en la caza y otros ejercicios semejantes, que son el recurso de los militares viejos, se dedicaba en el retiro del pueblo en que viviamos, al estudio de las ciencias físicas. Tenia una mediana biblioteca y un bien provisto gabinete de historia natural. Mi madre era una angelical mujer, que debia haber sido en su juventud muy bonita, y que conservaba aún cierta belleza delicada. Habia recibido una esmeradísima educacion, y las distracciones que la música y la pintura la proporcionaban, unidas al mucho amor que á mi padre y á nosotros nos tenia, la compensaban del aislamiento en que pasaba su vida.

Y he dicho aislamiento, porque efectivamente aislados viviamos en el pueblo. Mi padre, aunque tenia un carácter bastante dulce en su casa, no le tenia sino muy agrio para todas las personas del pueblo, que le incomodaban, como él decia, con sus sandeces y groserías. Mi madre, como estraña á todas las costumbres del país, no encontraba tampoco diversion en lo que allí la jente se divertia, que era en reunirse en sociedad por las noches; pero como esta sociedad no tenia nada de amable, y era muy diferente de la en que mi madre se habia criado, no la sirvió sino para fastidiarla los primeros dias, y para criticarla cuando despues aburrida de ella la abandonó. No le chocará á vd. despues de esto, que mi familia fuera poco menos que aborrecida en el pueblo, por orgullosa, intratable y oscura.

No se les daba de esto ningun cuidado á mis padres, que pasa-

ban su vida dulcemente entretenidos educándonos á mi hermana y á mí.

Mi padre dejó que mi madre educara á Luisa como mejor quisiera, y él se encargó de educarme á su modo. Me hizo estudiar una porcion de cosas, y yo, aunque holgazan, era sin duda el muchacho mejor educado que habia en muchas leguas á la redonda. Mi hermana, al lado de mi madre, de dia en dia adelantaba prodigiosamente en todo lo que puede adornar y embellecer á una mujer. Tendria yo unos diez y seis ó diez y siete años, cuando mi padre tuvo que hacer un viaje á Paris, y me llevó consigo. El tiempo que duró este viaje, ha sido el mas feliz de toda mi vida, porque mi padre, condescendiente conmigo, me daba bastante libertad para que yo, como él decia, fuera conociendo el mundo. Yo no dejé de aprovecharme y de hacer por mi parte todo lo posible para conocerle. Mi padre me decia que yo tenia un gran defecto, que era la irreflexion; yo creo que no se equivocaba. Volvimos al fin de nuestro viaje. Yo no podia acostumbrarme á mi primera vida, y estaba disgustado de todo, hasta el punto de que muchas veces se me paseó por la imaginacion el suicidio.

Yo hubiera querido mejor escaparme de casa y marcharme á cualquiera parte; pero á esto se oponia mas que el amor, la compasion que yo tenia á mi padre, que estaba tristísimo porque de resultas del negocio que le habia llevado á Paris, habia perdido una enorme suma de dinero. En este estado estaba yo cuando murió mi madre. La tristeza que me causó su muerte, me hizo olvidar mis inquietos deseos.

Vivimos así tristemente una porcion de tiempo, hasta que á esta tristeza vino á unirse otra de otro género, pero grande tambien. Un dia que volviamos á nuestra casa, despues de haber pasado dos en el campo, hallamos la puerta cerrada; en vano nos cansamos en llamar; no habia nadie dentro: por fin, se descerrajó la puerta y entramos. Los criados habian desaparecido, corrió mi padre al momento á su cuarto, y halló abierta una puertecilla imperceptible que en un tabique habia.

—¡Os han robado la vida, pobres hijos mios! esclamó abrazándonos convulsivamente. No quiero acordarme de lo que entonces padeció mi padre. Nosotros olvidamos por él todo lo demas, y al fin logramos que no le matara el dolor que por nosotros sentia.

Mientras contaba esto Rafael, brillaban sus ojos humedecidos por dos lágrimas que el recuerdo de su padre le arrancaba, y lloraba Luisa en silencio con ese llanto que hilo á hilo sacan de nuestro corazon los recuerdos de amor y de ternura. Don Ramon no lloraba, porque no le presentaba con viveza su imaginacion al padre infeliz que ve muerta la esperanza de sus hijos; pero estaba todo lo enternecido que podia estar, y componiendo su cigarro con un increible esmero, se hacia distraido sin atreverse á mirar á los dos hermanos. Hubo un momento de silencio, y prosiguió Rafael.

—Un criado antiguo de mi padre, que le habia servido lo menos veinte años y que tenia mas de sesenta, sabia el secreto paraje donde tenia mi padre todo su dinero; este fué el que haciendo cómplices suyos á todos los demas criados, nos robó y huyó con ellos á donde hasta ahora nadie los ha hallado. Mi padre yo no sé por qué tenia el capricho de que el mejor caudal es el que consiste en dinero contante: todo el suyo estaba encerrado en una arquita de hierro que creia suficientemente guardada, porque no era avaro, en un nicho sijilosamente cerrado, y cuya puerta estaba blanqueada como lo restante de la pared. Yo no sé cómo sabia este secreto el infame viejo, que para decir verdad, quitada esta faltilla, no habia cometido otra mientras habia estado en casa, distinguiéndose por el amor que nos tenia y por su religiosa fidelidad.

—Tentóle el diablo sin duda, dijo don Ramon.

—Podia haberle destentado Dios, prosiguió Rafael, y á todos nos hubiera venido bien; pero no sucedió así, sino que consintió que pasara á manos de un viejo para condenarse, la fortuna de dos jóvenes, que acaso por ser pobres se condenarán tambien.

Reflexion es esta que no podemos dejar pasar de ninguna manera sin censura. ¿Quién eres tú, miserable hombre, para meterte en cuentas con el Hacedor? ¿Sabes tú acaso lo que te conviene? ¿Te has olvidado de que no hay mal que por bien no venga?

Algunos hay que dicen que con la misma razon puede asegurarse que tampoco hay bien que no venga por mal. Si esto fuera verdad, el mal, padre del bien, seria abuelo del mal y bisabuelo de otro bien, y tatarabuelo de otro mal, y así sucesivamente; de lo que resultaria que no habria ni bien ni mal estables y duraderos. No va esto muy descaminado de lo que en la vida se observa. ¿Pero entonces, no hay bien absoluto, no hay felicidad? Pues ya se ve que

no la hay, y aunque es verdad que nos vendria mal á nosotros peregrinos que peregrinamos en romería por este al otro mundo, hacer el viaje alegremente y con gozo, ó no hacerle; sin embargo, ¿qué sabemos nosotros de eso?

Paciencia y barajar, que no se hizo Zamora en una hora. ¿Pues qué, no hay mas que irnos al cielo los que á él estamos destinados, sin haber hecho nada para ganarle? ¡Quien quiera truchas que se moje las bragas. Y perdóneseme el mal tono del refran, en atencion á que aquí encaja como de molde.

Y en cuanto á vosotros, los que os hayais de condenar, ¿de qué os quejais? Sabed, pobres tontos, que estos males de acá son tortas y pan pintado, comparados con los que habeis de padecer en el infierno, y que el mas agudo dolor, aunque sea de muelas, que padezcais aquí, le habeis de llorar con ternura, como un placer pasado, hasta en los momentos que en el infierno están destinados al rego cijo y sabroso entretenimiento de las almas. Y así, ni los que nos salvamos, ni los que os condenais, podemos ni debemos quejarnos de este mundo; y si alguno se queja, será un bruto testarudo é incapaz del precioso don del raciocinio, porque si no, á poca lógica que tuviera, daria con estas razones y..... y al fin daria con estas razones y con otras, y probaria que era un hombre hecho y derecho, con su alma correspondiente para pensar.

Pero volvamos á Rafael, que seguia diciendo. Desde este maldito dia, no volvimos á tener uno solo bueno. Mi padre yo no sé si se hizo mas áspero de carácter, ó si á mí solo me lo parecia; porque entonces empezó á hablarme todos los dias, acerca de la necesidad en en que yo estaba de dedicarme á algo. Como hasta entonces no ha bia entrado en mis cuentas la de que algun dia tendria que trabajar para sostenerme, no era de esto de lo que con mas gusto hablaba con mi padre, que se desesperaba al ver mis pocos ánimos, y se echaba á sí mismo la culpa de no haberme destinado á ninguna carrera fija. Al fin, ayudado por sus consejos, y mas que por nada, por la crítica posicion en que nos hallábamos, porque ya estábamos manteniéndonos con el dinero á que se habian reducido todos los mue bles de lujo y alhajas que en mi casa habia, hubiera yo sin duda ninguna dedicádome á trabajar; pero á esta sazon, mi padre cayó enfermo. Durante la enfermedad, que fué larga y peligrosa, no se pensó en nada sino en su vida. Cuando se levantó de la cama,

donde habia padecido tanto moral como fisicamente, estaba mi pobre padre completamente enajenado, y habia caido en un estado de imbecilidad en que ni tenia memoria, ni aun conciencia de vida.

Luisa lloraba, ahogando los suspiros dentro de su pecho. Rafael procuraba separar los ojos de ella, y hablaba con cierta valentía, queriéndose hacer superior á la amargura de sus recuerdos.

—En esta situacion, prosiguió, pasó una porcion de tiempo, en la cual, como mi padre estaba reducido al estado de un niño, fuí yo el jefe de la familia. Cada dia pensaba mil veces en tomar una resolucion, y ver el modo de asegurar nuestra vida; pero, á decir verdad, nunca lo pensé seriamente, porque nunca, por mas que he querido, he pensado seriamente en nada, ni he podido concebir cómo el porvenir puede labrarse en el presente. Así, pues, dia tras dia, se pasaron todos los que me podian haber servido para arreglar mi vida. A este tiempo, ya se habia vendido la casa en que viviamos. Desde que yo estaba á la cabeza de la casa, se habia gastado un dineral; porque en la parte económica, no se ha conocido un padre de familias peor que yo: en limosnas solo, he gastado un ojo de la cara. Yo creo que las leyes dicen algo de curador, ó cosa así, para los hijos de un padre demente, menores de edad; pero el juez de primera instancia era enemigo de mi padre, y no se habia acordado de tal cosa. Yo me alegro de esto todavía, aunque acaso debiera sentirlo; porque aborrezco de muerte todas las leyes escritas, y necesito de toda mi fé para no aborrecer las reveladas.

Siento en el alma que Rafael no sea un modelo de virtud; pero, por lo visto, segun tres ó cuatro cosas que le hemos oido decir, desde que está hablando, no es su corazon, ni todo lo blando, ni todo lo sencillo que nosotros quisiéramos. Nosotros, es decir, los lectores y yo, que todos en general, y cada uno en particular, somos indudablemente todo lo virtuosos que podemos ser, aunque no perfectos, que es nuestro gran sentimiento, y debe serlo mucho mayor con respecto á las mujeres, porque quitan toda esperanza de perfeccion en ellas aquellas palabras de las sagradas letras que dicen: *¿mulierem fortem quis inveniet?* ¿Quién dará con la mujer fuerte? Yo he dado con muchas mujeres fuertes, y la mayor parte de ellas lo son; pero no es sin duda de esta fortaleza de la que se habla.

—Mi padre murió, siguió diciendo Rafael, sin que yo me hubiera determinado á nada, y nos quedamos Luisa y yo solos en el mun-

do. Pasamos dos ó tres meses en la mayor tristeza, y aunque muchas veces nos parecia mentira que nuestro padre habia muerto, su sitio vacío en la mesa, y otra porcion de tristes verdades, venian á desgarrarnos el corazon, y entonces llorábamos, pero sentiamos un amor tan grande á la muerte, que era quien únicamente podia reunirnos con nuestros padres, y una especie de imposibilidad de vivir sin ellos, que yo no sé cómo, ni por qué no nos perdonó entonces la vida los crueles martirios que nos daba. Todavía no puedo yo concebir cómo un hijo no muere al mismo tiempo que su padre. Siempre que pienso en esto, caigo en una especie de enajenamiento, en que no sé ni qué soy yo, ni qué es este mundo, ni qué es el otro, ni qué es Dios: al fin, no sé sino que padezco horriblemente, y hay en mí tal impotencia y debilidad, que si alguno me atormentase así, con voluntad de atormentarme, tendria que ser cruel, y bárbaro, y cobarde y......

—¡Ea! dijo don Ramon, que veia que los ojos de Rafael se iban animando con una enerjía amenazadora, sígame vd. contando su historia. ¿Qué hizo vd. despues que murió su padre?

—Despues, dijo Rafael, á quien esta lijera interrupcion habia cortado el revesino; despues que pasó este tiempo, un dia, despues de muchos que habian pasado lloviendo, amaneció tan claro, tan hermoso, el sol bañaba con una luz tan alegre los verdes campos cercanos y las azules crestas de las montañas que se perdian en el horizonte, que estando yo asomado al balcon de mi cuarto, empecé á respirar envuelto con el aire suave y aromático que besaba las mas delicadas flores del jardin, sin moverlas apenas, una alegría, una confianza en mí mismo, una cosa, en fin, que no sé lo que era, que se apoderó de mí, y llenándome de esperanzas vagas, me hizo concebir la idea de entregarme á la suerte. Ese sol, ese aire, ese cielo, todos estos pensamientos, mas hermosos aún que el sol, el aire y el cielo, ¿no son mios? me decia yo á mí mismo. ¿La suerte podrá menos de ser madre amorosa de quien tanto y tan inocentemente goza? Yo he nacido para ser feliz, mi felicidad no está aquí, corramos en pos de ella.

La consecuencia que yo saqué de esta felicidad que me habia hecho sentir la hermosura de la naturaleza y de la soledad, porque desde mi balcon tenia á la vista un tranquilo y solitario campo; la consecuencia que yo saqué, sin que despues haya podido adivinar el

por qué, cuando he pensado en ese dia, fué que la ventura mia estaba en la sociedad y en el tumulto. Fija ya esta idea en mi imaginacion, no me costó mucho trabajo el convencer á Luisa de que era buena. La hablaba yo con un convencimiento tan íntimo, con una verdad tan grande, que logré inspirarla mi misma confianza, y consintió en acompañarme á Madrid, desde donde, la decia yo, iriamos á visitar otros paises; porque yo así lo creia, aunque no sabia el cómo. No teniamos nadie que nos estorbara ó que nos aconsejara, que entonces hubiera sido lo mismo: por consiguiente, en muy poco tiempo estuvimos en disposicion de emprender nuestro viaje. Vendimos los muebles que nos quedaban; y entre el dinero que nos produjeron y el que teniamos, venimos á reunir unos mil duros. Desde luego nos pareció poco dinero, pero el bastante, segun mis cuentas, para lo que necesitábamos.

Teniamos tambien una casuca con una huertecilla, pero no la quisimos vender, y se la dimos á una pobre mujer que la habitaba, que era viuda y tenia una porcion de hijos. Aquello no valia mas que cuatro ó cinco mil reales, pero era para la pobre mujer la felicidad de toda la vida, y á nosotros nos aumentaba bien poco el caudal. No hay dinero en el mundo, que pague la sensacion que esperimentamos al ver las lágrimas de agradecimiento que derramaba aquella pobre jente. Desde el umbral de esta casa montamos en nuestro carruaje, porque no quisimos dar esta buena nueva á aquellos pobres hasta el último momento. En esto hubo en mí cierta especie de supersticion, porque creia yo que la bendicion de aquella familia en el principio de nuestro viaje, era de buen agüero y valia tanto por lo menos, como una bendicion papal. Llegamos despues de un corto viaje á Madrid, y aquí ha sido donde yo he aprendido que las bendiciones no sirven de nada, si no van acompañadas de otras muchas cosas. Los primeros dias no dejó de ocurrírseme algunas veces, que nada tenia de bueno nuestra posicion; pero esto solo se me ha ocurrido en dos temporadas de nuestra estancia aquí, al principio, en que la falta de relaciones me hacia considerar temblando eridando nuestro aislamiento, y ahora al último, cuando he visto que todas las relacio nes contraidas no se oponen de ninguna manera á que uno pueda estar aislado tanto como guste. Ya me cansaba yo de estar solo en medio de tanta jente, cuando á los cuatro ó seis dias de nuestra llegada, encontré afortunadamente á un teniente coronel, muchacho de

escelente carácter, que habia parado en una de sus espediciones, quince dias en nuestro pueblo, donde nos habiamos hecho muy amigos. Uno y otro nos alegramos mucho de encontrarnos, y desde aquel dia empezó para mí una vida nueva. Tenia mi amigo mas de trescientos, y bien pronto tuve yo otros tantos. Entonces ya no me acordé de otra cosa sino de divertirme, y aunque no me olvidaba de nuestra crítica posicion, sin embargo, siempre que esta idea me venia á las mientes, me decia yo á mí mismo; ya destinaré yo un rato á pensar seriamente en esto, y lo que es seriamente nunca llegué á pensar.

Luisa me preguntaba muchas veces qué tal iban mis asuntos, y yo la respondia que perfectamente, y se lo probaba contándola una por una todas las carreras que un hombre de mi talento podia emprender cuando le diera la gana. Mucho me quitaron el tiempo para pensar en otra cosa, unos amores que tuve y que todavía tengo con una hermosísima muchacha de quien me enamoré, ¡me acordaré toda mi vida! la primera tarde que fuimos al paseo al Prado. Lo primero que hice así que tuve amigos, fué buscar uno que me llevara á casa de mi querida, que vive con una tia suya, porque han muerto sus padres. No se pasaron cuatro dias, cuando ya nos queriamos los dos con todo el amor que hay en el mundo; con un amor....!

Calló aquí Rafael, y estuvo largo rato embebido en sus pensamientos. En medio de toda su ligereza, yo tengo para mí que aquel muchacho habia de amar con todo su corazon, y que el pobre padeció con el recuerdo de sus amores, lo que solo sabe el que haya padecido de este achaque. Yo no sé si he padecido, y me guardaré muy bien de decir una palabra de lo que yo me figuro que sentiria Rafael, temeroso de descubrir la mucha frialdad ó el mucho calor de mi corazon, ó mi poca esperiencia.

Y ya que se habla aquí de esperiencia en amores, quiero decir que me parece á mí que esta esperiencia, entre todas las esperiencias del mundo, siendo la mas amarga, es la que mas ingrato sabor deja en el corazon.

¡Feliz tú, amante no esperimentado, es decir, aun no engañado ni vendido: estáte quieto, y no te apresures. ¡Feliz tú, si siempre fueras inesperto! Pero, amigo, no será así, porque la esperiencia es muy necesaria sin duda á los hombres, y no te ha de querer tan

mal, á quien tú quieres bien, que engañándote y vendiéndote, no te regale esa cosa tan necesaria. Especialmente ¡oh tú, amante á quien me dirijo, si eres hombre, pierde cuidado, que á cargo de las mujeres queda el colmarte del precioso don de la esperiencia! Ellas te harán probar los encantos de su inocente falsedad, las delicias de su infantil lijereza, la suavidad de su cándida y amable hipocresía, y los gozos de su pueril malicia. Ellas te enseñarán las reglas de su buena fé, y te acostumbrarán poco á poco á la inseguridad de sus palabras, que no son de caballero, como tú podias acaso pretender contra la voluntad de Dios, que ha hecho á los hombres para caballeros, y á las mujeres para mujeres; ellas harán contigo, en fin, una porcion de cosas que no están escritas, y con esto, amado amante, que no podrás, gracias á tu esperiencia, volver á los pasados momentos de inesperiencia y de felicidad.

Pero dejemos esto, y volvamos á nuestro cuento, que me interesa mas que todo.

Despues de haber suspirado profundamente, siguió diciendo Rafael: Me amaba Inés, y su tia me queria mucho y se divertia oyéndome hablar. En su casa pasaba yo las noches, cuando no iban á otras sociedades ó al teatro. Estas últimas íbamos tambien al teatro Luisa y yo. Las otras noches andaba yo por ahí de salon en salon, detras de Inés, y la pobre Luisa se quedaba en casa, porque para presentarla en sociedad, aguardaba yo á tener coche, y una casa, donde pudiera mi hermana recibir las aristócraticas visitas de mis amables amigas. Esta fué mi vida durante algun tiempo; pero no duró mucho, porque empezó á hacérseme sentir la necesidad de dinero, y entonces fué cuando traté de veras de hacer algo; pero yo con mi carácter orgulloso, á nadie dije mi verdadera posicion, y eran, ademas, mis pretensiones algo elevadas para que pudiera conseguir pronto lo que deseaba. En esto, cayó gravemente enferma mi hermana, y crecieron mis apuros de manera que me ví precisado á vender todas nuestras alhajas, que valian bien poco, á los quince dias de su enfermedad, porque se habia ya concluido nuestro dinero. La enfermedad hacia cada dia nuevos progresos, y como yo no perdonaba gasto ninguno, bien pronto ví que nos íbamos á ver otra vez sin un cuarto. Creo que no necesito decirle á vd. los dolores que entonces pasé, y los arrebatos de desesperacion que bajo mil formas me acometieron. Yo fuí entonces un loco, y

en vez de acudir á alguno de mis amigos, que acaso hubiera partido conmigo su caudal, cegado por mi orgullo, me decidí á todo, antes que pedir á nadie un ochavo.

Desde un principio habia dicho á todos mis amigos que no fueran á mi casa, hasta que tomase una en que mi habitacion estuviera absolutamente independiente de la de mi hermana; por consiguiente, durante la enfermedad de Luisa, nadie fué á vernos, y yo estaba enteramente separado de todo el mundo, menos de Inés, á quien solia ver alguna que otra noche. En fin, aun no estaba Luisa en estado de levantarse de la cama, cuando se nos acabó el dinero; entonces lo primero que se me ocurrió fué vender casi toda nuestra ropa. Yo me quedé con esta levita que tengo puesta, mi hermana con dos vestidillos miserables. A mí ya se me habia acostumbrado el corazon á penas, y por consiguiente, aunque nuestro estado no podia ser peor, tenia la energía suficiente para esperar que se mejoraria, aunque sin saber á punto fijo cómo. Mi hermana se puso por fin buena; pero á este tiempo iba en horrible decadencia nuestro pobre bolsillo, en el que se encerraban nueve onzas. Fuése disminuyendo esta cantidad, hasta que llegó un dia en que se pagaba la casa, pesaba nuestra fortuna, sin contar con la preciosa bolsita, en que estaba metida, entre una onza de oro y ocho de plata, las mismas nueve onzas que antes, pero con alguna diferencia en su valor. Yo no habia dejado de tener voluntad de dar algunos pasos; pero cuando vendí la ropa, no habia vendido con ella los lujosos atavíos de mi alma, que entonces era mas orgullosa que nunca; sentia una invencible repugnancia á presentarme mal vestido, porque esta levita era lo peor de mi baul, y esto me hacia casi hasta huir de mis amigos, entre los cuales, los que podian servirme, que no eran muy inútiles, tenian mucho en que pensar para acordarse de mí, á menos que yo mismo no les obligara á ello, siendo acaso importuno. Al fin, ni yo era grande amigo de nadie, ni nadie era grande amigo mio.

Tanto me ataba la pobreza de mi equipaje, que apenas veia á Inés, con quien me disculpaba como mejor podia: alguna noche que otra, haciendo un grande esfuerzo sobre mí mismo, iba á su casa. Ella padecia con esto muchísimo, pero yo padecia mucho mas.

Al fin, para acabar pronto, un dia que Luisa y yo estuvimos hablando largo rato acerca de nuestra posicion, viendo que estábamos

así, sin hacer nada; no solo se nos iba á acabar el dinero, sino que íbamos á endeudarnos en la casa en que viviamos, que nos costaba mucho, determinamos buscar una casa en un barrio cualquiera, que fnera malo, con lo que conseguiriamos no vivir en Madrid hasta que la suerte mejorara, y vivir muy barato, y cuanto mas barato mejor, porque no teniamos mas que veinticuatro duros, y esta era toda nuestra vida. Entonces yo, que he adquirido cierto valor con tan repetidas desgracias, busqué casa, y encontré esta, donde segun mi ajuste, podemos vivir sin temor de deudas, á las que temo yo mas que á la muerte, y mas que á Dios, y mas que al diablo. Unos tres meses antes de venirnos á vivir aquí, me despedí de Inés y de su tia, diciendo que asuntos de familia me llevaban á mi país por una temporada. Aquella noche ha sido de las mas felices de mi vida, al mismo tiempo que de las mas penosas. Llena de pesadumbre Inés, y ansiosa de despedirme sin la fria y atormentadora indiferencia que delante de su tia tenia que fingir, halló medio, sin que nadie lo notara, de darme un billete, y en él una cita para aquella misma noche. Nos despedimos los dos tiernamente, jurándonos una y mil veces un eterno amor.

¡Desgraciado de mí, que acaso tendré que renunciar á él para siempre!

Calló Rafael, y encendiendo un cigarro se puso á fumar, aparentando mucha tranquilidad y sangre fria. D. Ramon, con una sonrisa entre áspera y cariñosa, dijo entonces:

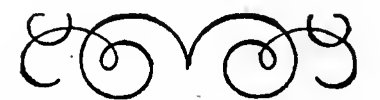
—Cuidado, amiguito mio, si ha hecho vd. disparates y tonterías! Si no viera en vd. una porcion de cosas que me prueban lo contrario, creeria que era un loco rematado. ¿Y dígame vd. á qué venia esa despedida y ese viaje supuesto?

—Eso lo he hecho, respondió Rafael, porque no he hallado otro medio de ocultar mi verdadero estado. Ahora pienso estarme encerrado en casa hasta ver si la suerte se enmienda.

—¿Y hace vd. ánimo, ahora tambien, de aguardar á que la suerte venga, sin llamarla tan siquiera?

—No señor, estoy ya corregido; ahora voy á trabajar, voy á traducir del inglés algunas obras, y me parece imposible, segun el mérito que ellas tienen, que no me produzcan lo suficiente para salir poco á poco de aquí, y una vez que me vea fuera, cosas he aprendido que no se me olvidarán, y que me servirán de mucho.

Hágalo Dios, dijo D. Ramon, y en estas y otras palabras, estuvieron largo rato entretenidos hablando de los sucesos que habia contado Rafael, hasta que cada uno se fué á su cuarto, D. Ramon á dormir, y los dos hermanos á padecer despiertos, ó á soñar padecimientos, dormidos, que es casi lo mismo.



I.

Por quien soy, te juro, amado lector, que nunca me hubiera podido entrar en la cabeza que pudiese existir un hombre tan desatinado como Rafael. En el simple modo de contar su historia, se echa de ver, sin mas exámen, que es el tal jóven un belitre, cabeza de chorlito, con menos sesos que un grillo.

Por quien yo siento todas estas cosas, es por su pobre hermana, aunque tambien tiene su parte de culpa, por haber confiado en las locas palabras de su hermano. Pero por mas que lo sienta, no dejo de conocer que los dos tienen bien merecida su suerte.

¿Qué plan de vida tenian estos muchachos? ¿En qué pensaban? Ni tenian plan de vida, ni pensaban en nada sino en imposibles.

¿Y habrá un solo hombre sensato que no condene esta conducta, y que no se alegre de ver el escarmiento que como consecueucia inmediata trae? No, hombres sensatos, no; no os separeis ni por un momento de vuestra sensatez, que tanto valdria simpatizar con estos desgraciados. Nosotros, los hombres sensatos, antes de tener lástima á un infeliz, debemos discurrir así.

Hay dos géneros de desgracia: una voluntaria, por decirlo así, y otra forzosa: aunque los desgraciados de ambos géneros padecen las mismas penas y los mismos dolores, sin embargo, hay que tener gran cuenta con el orígen de su desventura. Si el desgraciado tiene la culpa de su desgracia, está en el caso de la desgracia voluntaria, y entonces allá se las haya con sus tormentos, que bien merecidos los tiene: si está en el caso de la desgracia forzosa, ó por mejor decir, inevitable, porque la desgracia fuerza t anto á unos como á otros desgraciados, sin que haya ejemplo de que nadie se haya dejado poseer por ella, sino cediendo á una bestial violencia; si está en el caso de la desgracia inevitable, entonces es otra cosa: ya podemos interesarnos por él con sensatez.

Así es que en el caso, y vaya un ejemplo, de un pobre baldado que pida limosna, el hombre sin cálculo le dará acaso, guiado por su corazon y sin exámen, si es muy generoso, cuatro ó seis cuartos; pero el hombre sensato, para darle limosna, procura primero saber el

orígen de la desgracia de ese pobre impedido. Por lo pronto, ya sabe que está baldado, y que no hay baldado que le gane en cuanto á padecer. Pero no se contentará con esto, y averiguará

1. ° Si este hombre tenia ó no precision de salir de su casa en el dia y á la hora en que corria el viento que causó su enfermedad.

2. ° Si la causa porque salió, fué causa admisible, ó no.

Si este pobre, pues, salió de su casa á trabajar, pero pudo no haber salido, ya el hombre sensato puede tener menos lástima de él, porque, hasta cierto punto, tiene la culpa de su desgracia; pero si la causa que le sacó de casa no fué el trabajo, sino una mala causa, como por ejemplo el juego ó cosa así, en este caso el pobre, lejos de merecer limosna, no merece sino la indignacion del hombre sensato. Si despues de este exámen resulta, por el contrario, que la desgracia del baldado ha sido inevitable, entonces el hombre sensato, es verdad que ha gastado algun tiempo en sus investigaciones, pero tambien en cambio, si el otro le daba al pobre cuatro ó seis cuartos, él le dá seis ó siete. . . . .

Y volviendo ahora á Rafael y á Luisa ¿quién ha tenido la culpa de sus desgracias, sino ellos mismos? Pues qué ¿me quieren decir á mí que no hubieran podido ser felices, si ellos se hubieran arreglado? ¿No habrian llegado á Madrid con catorce ó quince mil reales? Pues con esto podian haber vivido lo menos dos años, y en este tiempo haber trabajado uno y otro, que es bien seguro que no hubieran dejado de hallar en qué.

Y para probar que podian haber vivido dos años, voy á echarles yo la cuenta, y verémos si tengo ó no razon.

En primer lugar, quito de sus gastos la enfermedad de Luisa, porque estoy seguro de que no la hubiera tenido, si hubiera hecho una vida menos regalada y poltrona; y en seguida paso á decir lo que debieron hacer, y cómo debieron vivir.

Así que llegaron, debieron alquilar un cuartito amueblado, que, como ellos hubieran traido sus camas correspondientes, les hubiera costado, echando por largo, seis reales. Bueno: Esto ya arreglado, echando siempre por largo, yo les sacaré la cuenta diaria, y sabrémos lo que les hubiera costado su manutencion.

Empezaré por el desayuno, y se lo daré de chocolate, que es al que estarian acostumbrados. En esto no quiero yo que sufran privacion ninguna. Yo quiero que tomen su chocolate correspondiente,

si no tan bueno como el que hasta allí habian tomado, por lo menos arreglado á su posicion, que no era ya la de antes. Pues bueno; en este supuesto, dos onzas de de chocolate, á ocho reales libra, importan un real.

Pero mejor será poner aquí la cuenta diaria, como ellos debieron haberla arreglado.

Chocolate.................	8½
Bollos	4
Pan.......................	12
Carne.....................	25½
Tocino....................	8½
Garbanzos	5
Verdura...................	2
Huevos....................	3
Aceite	10
Velas.....................	2
Postres...................	4
Para especias, sal y otros gastos............	3
Suma.............	87½

Importa todo ochenta y siete cuartos y medio, que hacen diez reales y dos cuartos y medio, que unidos á los seis reales de cuarto hacen diez y seis reales y dos cuartos y medio todos los dias, que yo quiero que importen al mes, por el pico de los dos cuartos y medio que bien podria economizarse, quinientos reales justos.

He aquí demostrado *matemáticamente*, y cuidado, que en las *matemáticas* no cabe engaño, he aquí demostrado que pudieran haber vivido Rafael y Luisa el tiempo que yo he dicho, aun cuando no hubieran ganado un cuarto, cosa imposible si ellos hubieran trabajado como debian haberlo hecho.

Ellos probablemente hubieran respondido á estos sanos consejos mios, que no habian nacido para esta vida miserable. Pero yo les hubiera contestado que nadie ha nacido sino para vivir, y que el vivir se consigue comiendo, y que el comer es por sí una necesidad tan grosera, que ni la pueden ennoblecer los mas regalados manjares de losreyes, ni la pueden humillar los deslavados potajes de los pobres.

Ellas me hubieran replicado que dejando aparte la comida, ellos habian nacido para gozar de otras satisfacciones; en una palabra,

para hacer otro papel en el mundo. Y yo les hubiera vuelto á contestar que esos papeles vienen ya repartidos yo no sé por qué primer galan, á este teatro del mundo, y que puesto que á ellos por lo visto no les habia tocado buen papel, no tenian otro remedio que seguir representando el que tenian, porque la comedia estaba ya empezada, y el director ese de escena, no se curaba del gusto ó disgusto de los representantes, sino de que siguiera la funcion.

Ellos, entonces jóvenes, llenos de deseos, de esperanzas, de ambicion, considerándose y siendo en efecto capaces de desempeñar el papel que apetecian, mejor que el que les habian dado, ó no me hubieran creido, y entonces, de cien veces, noventa y nueve les sucede lo que ahora; ó me hubieran creido, y entonces, viendo cara á cara la verdad, hubieran empezado por quejarse del director de escena, y despues de mil pasos que hay para llegar á esto último, me hubieran pedido una soga para ahorcarse, y yo se las hubiera dado, y ellos hubieran hecho lo que hubieran querido, aunque yo creo que habiendo tenido la fortuna de olvidarse nada mas que un momento de estas verdades secas, no hubieran hecho nada en contra de sus almas.

Por supuesto que todas estas cosas no vienen aquí á pelo, y mucho menos cuando yo sé ya todo lo que les sucedió de aquí en adelante á Rafael y á Luisa; pero á mi entender, la moral siempre viene á pelo, de donde yo saco en consecuencia, que la inmoralidad, su contraria, por ser en todo diferente de ella, ha de montar en silla y no muy dura. Pero fuera de broma, y dejando aparte estos juguetes de palábras, que no son mas que despropósitos, yo creo que el que escribe, donde quiera que le venga bien, debe, sin detenerse, arrojar todo lo que de bueno se le ocurra concerniente á la buena moral, porque, y vaya una digresioncilla, hay tambien moral mala, que es peor si puede ser que la inmoralidad, y tanto menos evitada, cuanto menos conocida. Lo bueno, por supuesto que en todo tiempo es bueno, y á la moral buena le sucede lo mismo.

Hay sin embargo un codiguillo de recetas para hacer ó no hacer, decir ó no decir una porcion de cosas, y á estas recetas quieren llamarlas moral, y á esta moral quiero yo llamarla moral vieja, y quiero tener la tanta rabia que se la tengo, y no me falta mas que ayuda para echarla á puntapiés á los infiernos, con todos los empíricos mengua-

dos, que armados de su recetario andan por ahí molestando y ahullando, y no mordiendo, á todo el mundo, porque para el valor no hay receta, y ellos no tienen corazon para hacerle. Y si no tienen corazon, ¿quién inspira á esa gente las buenas acciones? Nadie se las inspira, y por eso no las ejecutan, y si no obran mal, que es la única bondad que en ellos tal vez se encuentra, á la debilidad de su miserable organizacion se lo debemos: el miedo solo, no la virtud, los contiene, los embaraza y los sujeta. Su cabeza calculista les inspira en cambio infinidad de buenas palabras; pero estas palabras salen de su cabeza heladas, porque su cabeza, privada del amoroso calor del corazon, no es mas que una sucia cobertera de un vaso tan sucio como ella; no es mas que el remate de un mueble cualquiera, el remate de una estufa sin fuego.

Las estufas sin fuego, los órganos sin aire, los hombres sin corazon, y otra porcion de muebles por este estilo, á los que falta lo que esencialmente les hace servir de algo, son los mas inútiles de todos. Yo, teniendo frio, daria la mas rica estufa sin fuego, por unos guantes de lana; daria el mejor órgano del mundo sin fuelles por un pito, y daria treinta hombres sin corazon, por cada perro de estos que hay cariñositos y tratables.

Si todo esto que voy diciendo pareciere inoportuno, incoherente y desatinado, quisiera que los lectores me lo perdonasen, y para interesarlos en mi favor, quiero decirles yo mismo que por todo lo demas soy un buen muchacho, y que bien sabe Dios que soy capaz de morirme de sentimiento, si dan en ponerme faltas. Ni puede ser de otra manera, porque yo escribo solo por la negra honrilla de ganar gloria, y por ver logrado este devorador deseo que se ha engendrado en el sitio mas caliente de mi alma volcánica, causándome desvelos notables y otros perjuicios, seria capaz de poner cualquier empeño con mis lectores, para que yo les gustase.

Con algunos ya he puesto yo, á costa de una porcion de pasos que he dado, buenas recomendaciones por medio, y han quedado en servirme.

En cuanto á los que yo no haya podido obligar con mis buenos modos, no puedo hacer otra cosa sino ofrecerme como su mas agradecido ahijado, y decirles que soy capaz, por atraerme su benevolencia, de ser amigo suyo, que no es poco sacrificio, atendiendo á

que entre ellos habrá muchos tontos, muchos necios, y muchos hombres inaguantables y fastidiosos á mas no poder.

Todas estas cosas que parecen insultos, no son mas que purísima broma, y ganas que yo tengo de chancearme.

¿Y quién mas afortunado que yo si quisieran ser amigas mias todas mis lectoras? ¡Por ellas sí que estoy dispuesto á dar mas pasos que por mi gloria! Y puesto que tengo esta proporcion, sea testigo todo el mundo, á cuyos ojos lleguen estas letras, de cómo me ofrezco por amigo de todas las mujeres mis contemporáneas, desde los nueve años hasta los noventa inclusive, descontando solo un treinta y tres y medio por ciento, que podré aceptar ó no aceptar, pues para ello me reservo este derecho. No faltará quien no conciba por qué hago el sacrificio de ser amigo de tanta niña y de tanta vieja: yo echo mis cuentas, y cargaria gratuitamente despues de la rebaja que el uso de mi derecho me concede, con las viejas, las feas y las niñas que pudieran entrar aún en el ciento; con las viejas, para aconsejarme; con las feas, para echarlas como perros á mis enemigos; y con las niñas, para educarlas de manera que al ser yo viejo, tuviera todavía amigas lindas, que ya que no con amor, suavizaran con cariño la rabia que yo deberé tener de no haberme muerto, si la vida se empeña en divertirse conmigo haciéndome pasar por todos sus fastidiosísimos estados. Al fin, háganse amigas mias todas mis contemporáneas, que lo demas corre de mi cuenta.

¡Oh mujeres! yo bien conozco que me ha de perder el demasiado amor que os tengo, pero no lo puedo remediar, porque sois la única cosa casi buena que encuentro por acá abajo y acaso ¡desgracia lamentable y digna de toda atencion! ¡acaso el único lazo que me ata á la vida!

He observado en algunos ratillos de ocio en que paso el dia: he observado, digo, con bastante disgusto, que todas mis pocas esperanzas de felicidad, tanto las alegres y ligeras como las concienzudas, graves y profundas, como las de todas clases, cantan y danzan, ó hablan y se pasean por la cabeza ó por el corazon, ó yo no sé por dónde, hasta que ya cansadas, aduérmense siempre entre faldas, y protegidas y arrulladas y acalladas por una mujer. Esto me da á mí muy mala espina, porque mucho me temo que el mejor dia del año, en alguno de esos súbitos y ligeros movimientos tan peculiares á la mujer, deje caer al suelo la que las tenga dormidas en su regazo,

mis pobres esperanzas y me las estrelle. Quiere decir que cuando esto suceda, me desesperaré, y este es un gran trabajo para mí; pero desde ahora hasta entonces, sabed, hermosas mias, que soy vuestro mas atento, fino, reverente, rendido servidor, amigo, esclavo, amante, todo lo que querais menos tercero, quitado el cual encargo, y algunos otros, me teneis siempre complaciente y á vuestra disposicion. Vivo en la calle de.... pero será mi mayor placer decírselo de palabra á cualquiera de vosotras que quiera saberlo.

Ahora, disculpado ya de mi inoportunidad, incoherencia &c., &c., volverémos con gusto á mis reflexiones, que ¡es necesario desengañarse! nunca están demas las reflexiones juiciosas, para inculcar en los ánimos, sobre todo de los jóvenes, el amor á la vida metódica y arreglada, y el odio al desarreglo y al poco juicio, moralidad que se saca del sucedido de Rafael y Luisa.

Pero á fé que me canso ya de escribir, y voy á dejarlo, porque me parece que no vale esto la pena de estarme aquí encerrado por el bien del género humano, que es lo que yo aquí me propongo, cuando lo mismo le da al género humano que yo le corrija despues que ahora.

Voy, pues, á distraerme de mis profundas meditaciones entregándome á los placeres con que convida esta escelente corte de Madrid, centro de toda diversion inocente, contando entre ellas el divertido Liceo artístico y literario, estremo de civilizacion y de buen gobierno, y medio de irse un hombre viviendo en ella, ó al infierno derecho y desesperado, ó al cielo tambien derecho, si muere con todos los sacramentos y ha llevado con paciencia una porcion de cosas. Corte es esta, en fin, que si se quemara.... se quemaria y nada mas.

Cuatro ó seis dias despues de la noche en que Rafael contó su historia á D. Ramon, entró este un dia muy contento en casa, fuese derecho al cuarto de Rafael, y le dijo:

—Amiguito mio, que el diablo me lleve si antes de muy poco tiempo no es vd. feliz.

—¿Pues qué hay? dijo Rafael con una espresion de anhelo infantil dejando la pluma en el tintero, y levantándose de la mesa en que el pobre estaba traduciendo.

—¿Qué ha de haber? respondió D. Ramon, nada, sino que se me ha ocurrido un medio, por el cual puede vd. salir de esta situacion.

—No lo veo, dijo Rafael, perdiendo toda su alegría al oir que no habia nada de positivo, sino un medio de salir de su situacion, es decir, una esperanza. La esperanza era una cosa que desde que habia visto tantas burladas, le causaba mas dolor que placer, y si hubiera podido hacer, aun cuando hubiera sido con sangre suya, una esperanza material y sensible, la hubiera hecho para tener el placer de patearla y escupirla.

—Pues yo sí lo veo, dijo D. Ramon. Ante todas cosas, dígame, Rafael, ¿está vd. seguro del cariño de Inés?

—¿Y qué tiene que ver Inés, ni su cariño, con mis desgracias? ¡ah! ese mismo cariño es la mayor de todas ellas.... mi corazon....

—Vamos, dejémonos de corazones, responda vd. á mi pregunta. ¿Está vd. seguro del cariño de Inés?

—Sí, señor, bien ¿y qué?

—Allá voy, señorito, allá voy; vamos por partes. ¿Y dígáme vd., si vd. quisiera casarse con ella, querria ella casarse con vd?

Quedóse un rato suspenso Rafael, y por fin, dijo:

—Hasta ahora no se me habia ocurrido á mí otra cosa mas que amarla.

—Nada tiene eso de particular, porque á vd. no se le ha ocurrido nada bueno en toda su vida; pero ahora que se me ha ocurrido á mí, dígame vd., ¿se casaria vd. con ella?

—Es eso imposible, señor D. Ramon.

—Pero si fuera posible ¿se casaria vd. con ella?

—Yo la quiero con todo mi corazon....

—Pues bien, ahora es necesario que la quiera vd. tambien con la cabeza, y trate vd. con mucho juicio de casarse con ella. ¿Ella es rica, no es verdad?

—¡Señor D. Ramon! eso es indigno de mí, yo jamas....

—Pues señor D. Rafael, quede vd. con Dios, y puesto que es vd. un niño incorregible y empeñado en ver otro mundo del que hay, con su pan se lo coma, y no vuelva vd. á fastidiarme con sus quejas.

Hizo un movimiento para marcharse D. Ramon, y Rafael le detuvo diciéndole:

—¿Pero no conoce vd. que por mas que yo quisiera seguir su consejo, me es absolutamente imposible en mi estado actual?

—¿Y cuál es ese estado, criatura? le dijo con cariño D. Ramon.

—¡Cuál es! respondió Rafael, echándose á sí mismo una ojeada; mi estado actual es este, el de no tener mas que este treje, el de no tener nada de lo necesario para salir de casa, como no sea por la noche, y aun así hay momentos en que al ver mi sombra, se me enciende la cara de vergüenza bajo el embozo sucio de mi capa raida. ¡Mi estado actual es este! este! este! el de estar desesperado cuando no me olvido de él; el de estar desesperado ahora que vd. me lo recuerda! ¿Y quiere vd. que así vuelva á ver á Inés? Quiere vd. que así la pida en matrimonio, para que me dén en su lugar una limosna y tenga yo que aceptarla, ¡porque á eso voy, á pedir una limosna!—¡y nada mas que á pedir una limosna! Nunca, nunca lo haré; no puedo hacerlo; mi corazon que la adora, es un corazon bueno, generoso, un corazon que me haria seguirla, si ella fuera desgraciada, al traves de todas las miserias de la vida, pero un corazon que jamas la seguirá en su felicidad, á costa de tener que olvidar sus sentimientos purísimos para acordarse ni por un momento de la mas despreciable de todas las cosas, de la riqueza.

—Vd. es un niño que se exalta por cualquier cosa, le dijo D. Ra-

mon con cierta sinceridad desdeñosa. Nada de todo eso que está vd. ahí diciendo, viene al caso, y estoy yo tan lejos de aconsejarle á vd. eso, que por el contrario, solo en gracia á los sentimientos nobles que vd. ha manifestado, le perdono la ofensa que me ha hecho, suponiendo en mí ide s, que ni jóven ni viejo he tenido, ni tengo, ni tendré jamas. Pero dejemos esto, que ha sido en vd. un olvido de que yo soy tambien un caballero, y hablemos sin acalorarnos.

—Señor don Ramon, le dijo Rafael, que habia escuchado con una satisfaccion indecible las sosegadas palabras del buen militar; nunca he creido yo que vd. pudiera aconsejarme nada indigno de vd.; mis palabras iban dirigidas á mí mismo, á mi mala suerte, y quisiera poderle á vd. probar lo que le estimo para......

—Ea, dejemos eso, dijo don Ramon volviendo á su estado de calma benigna y apretando la mano de Rafael. Vd. es un jóven bueno, noble, todo lo que vd. quiera, pero tiene vd. un defecto, y es que por falta de esperiencia no mira vd. por todos sus lados las cosas antes de juzgarlas buenas ó malas. En este caso estamos ahora precisamente. Lo que yo le he propuesto á vd., tomado como vd. lo ha tomado, es todo lo malo que puede ser, pero hay otros lados por donde mirarlo, por los cuales no se presenta con tan sucio aspecto. Escúcheme vd. y verá como tengo razon. El amor que vd. tiene á Ines es generoso, es grande, es todo lo que vd. quiera, pero todo esto está á mi favor, porque no sé yo qué es lo que va vd. á hacer de tanto y tan buen amor, si vd. no se casa con la mujer á quien así ama. El simple amor, amiguito mio, es decir, el amor no mezclado con una porcion de cosas de que se hace el matrimonio, es acaso el amor menos simple; pero le sucede lo que á los perseguidos por la justicia, que siempre tienen que andar ocultándose si no quieren ser molestado por los varones justos. Hay ademas de esto en este amor una parte muy grande de pecado, y no creo yo que á sabiendas y por quítame allá esas pajas, vaya vd. á indisponerse con la corte celestial, cuando tan fácil le es á vd. hacerlo todo bien con arreglo á las leyes divinas, que, aunque sin el visto bueno de Dios, son tenidas por auténticas como publicadas por su apoderado de negocios. El mejor modo, pues, de dar giro á ese amor es el que yo le propongo á vd., el de casarse con Ines. Para esto no necesita vd. humillarse ni cometer ninguna bajeza ni cosa que lo valga; no necesita vd. sino decidirse á acometer una de las mas grandes empresas que

—Hasta ahora no se me habia ocurrido á mí otra cosa mas que amarla.

—Nada tiene eso de particular, porque á vd. no se le ha ocurrido nada bueno en toda su vida; pero ahora que se me ha ocurrido á mí, dígame vd., ¿se casaria vd. con ella?

—Es eso imposible, señor D. Ramon.

—Pero si fuera posible ¿se casaria vd. con ella?

—Yo la quiero con todo mi corazon....

—Pues bien, ahora es necesario que la quiera vd. tambien con la cabeza, y trate vd. con mucho juicio de casarse con ella. ¿Ella es rica, no es verdad?

—¡Señor D. Ramon! eso es indigno de mí, yo jamas.....

—Pues señor D. Rafael, quede vd. con Dios, y puesto que es vd. un niño incorregible y empeñado en ver otro mundo del quo hay, con su pan se lo coma, y no vuelva vd. á fastidiarme con sus quejas.

Hizo un movimiento para marcharse D. Ramon, y Rafael le detuvo diciéndole:

—¿Pero no conoce vd. que por mas que yo quisiera seguir su consejo, me es absolutamente imposible en mi estado actual?

—¿Y cuál es ese estado, criatura? le dijo con cariño D. Ramon.

—¡Cuál es! respondió Rafael, echándose á sí mismo una ojeada; mi estado actual es este, el de no tener mas que este treje, el de no tener nada de lo necesario para salir de casa, como no sea por la noche, y aun así hay momentos en que al ver mi sombra, se me enciende la cara de vergüenza bajo el embozo sucio de mi capa raida. ¡Mi estado actual es este! ¡este! ¡este! el de estar desesperado cuando no me olvido de él; el de estar desesperado ahora que vd. me le recuerda! ¿Y quiere vd. que así vuelva á ver á Inés? Quiere vd. que así la pida en matrimonio, para que me dén en su lugar una limosna y tenga yo que aceptarla, ¡porque á eso voy, á pedir una limosna! ¡y nada mas que á pedir una limosna! Nunca, nunca lo haré; no puedo hacerlo; mi corazon que la adora, es un corazon bueno, generoso, un corazon que me haria seguirla, si ella fuera desgraciada, al traves de todas las miserias de la vida, pero un corazo que jamas la seguirá en su felicidad, á costa de tener que olvidar sus sentimientos purísimos para acordarse ni por un momento do la mas despreciable de todas las cosas, de la riqueza.

—Vd. es un niño que se exalta por cualquier cosa, le dijo D. Ra-

mon con cierta sinceridad desdeñosa. Nada de todo eso que está vd. ahí diciendo, viene al caso, y estoy yo tan lejos de aconsejarle á vd. eso, que por el contrario, solo en gracia á los sentimientos nobles que vd. ha manifestado, le perdono la ofensa que me ha hecho, suponiendo en mí ide .s, que ni jóven ni viejo he tenido, ni tengo, ni tendré jamas. Pero dejemos esto, que ha sido en vd. un olvido de que yo soy tambien un caballero, y hablemos sin acalorarnos.

—Señor don Ramon, le dijo Rafael, que habia escuchado con una satisfaccion indecible las sosegadas palabras del buen militar; nunca he creido yo que vd. pudiera aconsejarme nada indigno de vd.; mis palabras iban dirigidas á mí mismo, á mi mala suerte, y quisiera poderle á vd. probar lo que le estimo para......

—Ea, dejemos eso, dijo don Ramon volviendo á su estado de calma benigna y apretando la mano de Rafael. Vd. es un jóven bueno, noble, todo lo que vd. quiera, pero tiene vd. un defecto, y es que por falta de esperiencia no mira vd. por todos sus lados las cosas antes de juzgarlas buenas ó malas. En este caso estamos ahora precisamente. Lo que yo le he propuesto á vd., tomado como vd. lo ha tomado, es todo lo malo que puede ser, pero hay otros lados por donde mirarlo, por los cuales no se presenta con tan sucio aspecto. Escúcheme vd. y verá como tengo razon. El amor que vd. tiene á Ines es generoso, es grande, es todo lo que vd. quiera, pero todo esto está á mi favor, porque no sé yo qué es lo que va vd. á hacer de tanto y tan buen amor, si vd. no se casa con la mujer á quien así ama. El simple amor, amiguito mio, es decir, el amor no mezclado con una porcion de cosas de que se hace el matrimonio, es acaso el amor menos simple; pero le sucede lo que á los perseguidos por la justicia, que siempre tienen que andar ocultándose si no quieren ser molestado por los varones justos. Hay ademas de eso en este amor una parte muy grande de pecado, y no creo yo que á sabiendas y por quítame allá esas pajas, vaya vd. á indisponerse con la corte celestial, cuando tan fácil le es á vd. hacerlo todo bien con arreglo á las leyes divinas, que, aunque sin el visto bueno de Dios, son tenidas por auténticas como publicadas por su apoderado de negocios. El mejor modo, pues, de dar giro á ese amor es el que yo le propongo á vd., el de casarse con Ines. Para esto no necesita vd. humillarse ni cometer ninguna bajeza ni cosa que lo valga; no necesita vd. sino decidirse á acometer una de las mas grandes empresas que

el hombre acomete, decidirse á tener una mujer por inseparable compañera. Esto, ademas, es para vd. un remedio como otro cualquiera; enfermo hay que tiene que llevar toda su vida una cataplasma en el estómago. Siento mucho que le repugne á vd. este lenguaje; pero esto lo digo porque pudiera muy bien suceder que vd. tuviera alguna repugnancia al matrimonio. Desengáñese vd., Rafaelito mio, este es el único medio de que vd. consiga ser feliz, tanto espiritual como corporalmente. Es necesario que dejándolo todo á un lado se case vd. ¡Qué diablos! ¿no quiere vd. á esa muchacha? Si vd. no la quisiera, entonces habria bajeza en casarse con su dinero, pero amándola de todo corazon, ¿tiene vd. mas que no acordarse de nada sino de su amor? Dígame vd. ¿si vd. fuera rico y ella pobre, no se casaria vd. con ella?

—¡Mil veces! respondió Rafael con entusiasmo.

—Pues entonces, prosiguió D. Ramon, ¿dónde está la bajeza?

—Pero bien, dijo Rafael mordiéndose las uñas, aun cuando mis pensamientos sean los mas nobles en el estado en que estoy, ¿no tendria razon el mundo para desconocer su pureza?

—Del mundo, querido mio, espere vd. de todas maneras mil injusticias, y haga vd. todo lo posible por no ser pobre, porque si no, no solamente será con vd. injusto, sino que añadirá á su injusticia la crueldad mas refinada.

—Al fin, señor don Ramon, dijo Rafael como queriendo terminar la conversacion, hay ademas de todo esto una razon que será pequeña y todo lo que vd. quiera, pero que me sujeta y que me forzaria á renunciar á todas las felicidades del mundo. Antes de presentarme yo á Ines con esta facha, me dejaria ahorcar cien veces. Para llevar amor á una mujer, es necesario que vaya rodeado de ricas telas elegantemente perfiladas, y envuelto en una nube de delicadísimas esencias; pero así como yo estoy, lo que se la inspira á una mujer es desprecio, y nada mas que desprecio, porque estoy bastante destrozado para inspirar compasion.

—Yo quiero, dijo don Ramon, que sea verdad lo que vd. dice, que tambien puede ser mentira; pero dígame vd., ¿y si pudiera llevar su amor envuelto en todas esas zarandajas?

—Eso es imposible.

—Pues no hay nada mas fácil.

Oigame vd. Si yo tuviera dinero, desde luego se lo daria á vd.

pero no le tengo, y lo único que puedo darle es buenos consejos y un medio que se me ha ocurrido para salir de todas estas dificultades.

Pues señor, al pasar hoy por una calle, ví que se apeaban de un lindísimo landó, una lindísima mujer y un barbarote de un muchacho de unos veinte y seis años, mas feo que picio y mas innoble que los lacayos. Desde luego me chocó el contraste que hacian con las delicadas formas de la mujer, los abultados y torpes miembros del hombre, que iba echando á perder con su sudor, un riquísimo traje que perdia toda la elegancia de su forma, inutilizando los desvelos del desventurado sastre, al caer sobre el molde antisocial de aquel zoquete. Figuréme que aquella desigual pareja serian marido y mujer, y siguiendo mi camino, iba pensando en una porcion de cosas concernientes al matrimonio y al amor, y á la brutalidad y á la fealdad que van en coche con la elegancia y con la hermosura. Como siempre que pienso en el trastorno de la sociedad, me acuerdo de vdes. desde que sé su historia, se me vinieron al momento á la imaginacion ahora tambien sus aventuras. Empecé comparando la figura de aquel bruto con la de vd., y de aquí fuí sacando consecuencias hasta que vine á parar en la consideracion de que llevándole vd. á aquel bárbaro feliz, todas las ventajas que puede llevar un arcángel á una rana, estaba vd., sin embargo, condenado á envidiar su coche, su mujer y sus galas. ¿Es posible, me decia yo á mí mismo, que mientras el pobre Rafael está metido en casa muriendo de fastidio y de inaccion, ande por ahí un bárbaro como este autorizado con su frac para parecer caballero? Esta idea del frac me trajo á la memoria el amor que vd. tiene al lujo, y el odio con que mira á esa desgraciada levita. Y en verdad que el mayor disparate que vd. ha hecho ha sido vender toda la ropa.

—Cuando la vendí, dijo Rafael, mi único pensamiento era el dinero, aunque despues conocí que la ropa es poco menos necesaria para andar por el mundo que las piernas, y pude haber mandado hacer mas al mismo sastre que me habia hecho aquella, con quien ya tenia yo derecho para contraer una deuda, por haberle hasta allí pagado puntualmente; sin embargo, no lo hice por temor á las trampas, que son tan opuestas á mi carácter. Pero volviendo á nuestro asunto, á la verdad que no sé en qué puede venir á parar todo eso que vd. me cuenta.

—Paciencia, señorito, que á mí me gusta mucho ser ordenado en

todas mis cosas, y por nada de este mundo cambiaria yo mi lógica. Todo esto viene á parar en que de resultas de haber visto á aquel hombre tan feo y de tan mal tono, que merced á su dinero tenia sin duda en la sociedad todo lo que en ella se puede tener, es decir, trato de jentes, una mujer bonita, y medios de trasporte, cosas todas despreciabilísimas para mí, que tengo esto que se llama trato de jentes por castigo del cielo, porque no nací para mercader, y en este trato, como en todos, solo se trata de comprar y vender como en las ferias donde hay trato de bestias, sin mas diferencia que la de ser allí comprados y vendidos caballos, mulas y otros animales, y hacerse todas estas cosas en el trato de jentes, con hombres, que para el caso es lo mismo. Para mí, como iba diciendo, que aborrezco el trato de jentes, para quien las mujeres feas ó bonitas no pasan de ser unos chismes inútiles, no valen nada todas estas cosas, que son una especie de antojo de embarazada para algunos hombres como vd. por ejemplo. De resultas, pues, de haber visto á aquel hombre que tenia todas estas cosas, contra todas las leyes de la naturaleza, vine á deducir que vd. podia tenerlas con justicia, y que para ello no le faltaba á vd. mas que dinero. Al momento me acordé de los amores de Ines, que tenia lo que á vd. le faltaba. Si logra casarse con ella, pensaba yo, cosa que no es dificil, puesto que ella le quiere, y es casi dueña de su voluntad, porque á una tia y á un tutor, ó se los compra, ó se les da un puntillon en caso necesario, ya tenemos á Rafael fuera de todas sus desgracias y en su puesto. No crea vd. que dejé de pensar en todos esos inconvenientes que vd. ha encontrado, porque le conozco á vd. y le quiero de verás. Me puse, pues, á pensar en el medio de que en todo esto no hubiera para vd. mas que amor. Despues de mil reflexiones, hallé que lo peor de todo era que vd. estaba separado de la sociedad en que se habia vd. colocado al principio, sociedad que por lo mismo que era alta y poderosa, no le servia á vd. de nada ahora que vd. estaba muy bajo y débil, porque es la sociedad una especie de cuerda tirante, que cuanto mas alta está, mas fuerzas necesita el pobre titiritero para bailar en ella. Medité un poco sobre esto, y hallé que en la sociedad de vd., la fuerza mas poderosa, el balancin indispensable para guardar el equilibrio, eran unos cuantos trapos, cortados de este ó del otro modo, y acomodados sobre el pobre cuerpo humano, que desnudo y por sí, parece que no vale cosa. Entonces me dí á mí

mismo la razon de cómo vd. á pesar de todas sus disposiciones y facultades, habia venido á caer, rompiéndose el alma, desde su tabladillo, habiéndose imprudentemente quedado sin ropa, sin balancin para guardar el equilibrio, y seguir haciendo sus piruetas en la cuerda en que bailaba. Lo mismo le sucedió á un aprendiz de volatin de que nos habla una fábula. Los aprendices de todas las cosas siempre son confiados, como ignorantes que están de lo que una causa mezquina puede valer en su arte.

No hay cosa en este mundo que no esté enlazada esencialmente con alguna pequeñez: y si así sucede, qué se ha de hacer, paciencia y barajar. Razon tiene vd. para impacientarse, verdad es que estoy un poco pesado, pero este es mi carácter, y ademas quisiera yo enseñarle á vd. á meditar un poco mas sobre todas las cosas, y á no ser tan ligero de cascos.

Pues señor, como iba diciendo, al momento conocí que estaban enteramente cortadas todas las comunicaciones entre vd. y su sociedad, vea vd., ¡quién lo diria! por la simple falta de ropa. A este muchacho, me decia yo, no le falta ni carácter, ni querida, ni amigos, ni protectores le faltarian tampoco, si su orgullo no necesitara ir protegido por un frac, para no estar ni un punto mas abajo, á su parecer, que aquel que le protejiera. ¡Maldito orgullo! pero al fin le tiene, y es necesario ver cómo con él y todo, le sacamos adelante. Me parece que no puede vd. pedir de un viejo como yo, sino que transija con las faltas que hay en el carácter de vd. Pues señor, sabido ya todo esto, me dí el parabien de haberlo averiguado, y al momento se me ocurrió que era sencillísimo el medio de que vd. volviera al mundo á tentar fortuna, pues aun cuando le falten á vd. todos sus amigos, tiene vd. la otra esperanza de su querida, y si le falta á vd. todo, entonces quiere decir que está vd. predestinado á ahorcarse, y en ese caso se ahorca, y Cristo con todos, que para eso no le ha de faltar á vd. proteccion; al contrario, la tierra, el cielo y sobre todo los hombres le convidarán á vd. amablemente á hacerlo del modo que vd. encuentre mas suave, y mas blando, y mas regalado. Pero yo tengo esperanzas de que hemos de lograr nuestro objeto. No hay mas que hacer sino ponerse muy majo, y con esto, y con lo que su desgracia, que es gran maestra, le pueda haber á vd. enseñado, aprovechar el tiempo y no dejar que la cabeza se vaya á pájaros, sino sujetarla á que piense en una sola cosa, y obligarla á

todas mis cosas, y por nada de este mundo cambiaria yo mi lógica. Todo esto viene á parar en que de resultas de haber visto á aquel hombre tan feo y de tan mal tono, que merced á su dinero tenia sin duda en la sociedad todo lo que en ella se puede tener, es decir, trato de jentes, una mujer bonita, y medios de trasporte, cosas todas despreciabilísimas para mí, que tengo esto que se llama trato de jentes por castigo del cielo, porque no nací para mercader, y en este trato, como en todos, solo se trata de comprar y vender como en las ferias donde hay trato de bestias, sin mas diferencia que la de ser allí comprados y vendidos caballos, mulas y otros animales, y hacerse todas estas cosas en el trato de jentes, con hombres, que para el caso es lo mismo. Para mí, como iba diciendo, que aborrezco el trato de jentes, para quien las mujeres feas ó bonitas no pasan de ser unos chismes inútiles, no valen nada todas estas cosas, que son una especie de antojo de embarazada para algunos hombres como vd. por ejemplo. De resultas, pues, de haber visto á aquel hombre que tenia todas estas cosas, contra todas las leyes de la naturaleza, vine á deducir que vd. podia tenerlas con justicia, y que para ello no le faltaba á vd. mas que dinero. Al momento me acordé de los amores de Ines, que tenia lo que á vd. le faltaba. Si logra casarse con ella, pensaba yo, cosa que no es dificil, puesto que ella le quiere, y es casi dueña de su voluntad, porque á una tia y á un tutor, ó se los compra, ó se les da un puntillon en caso necesario, ya tenemos á Rafael fuera de todas sus desgracias y en su puesto. No crea vd. que dejé de pensar en todos esos inconvenientes que vd. ha encontrado, porque le conozco á vd. y le quiero de veras. Me puse, pues, á pensar en el medio de que en todo esto no hubiera para vd. mas que amor. Despues de mil reflexiones, hallé que lo peor de todo era que vd. estaba separado de la sociedad en que se habia vd. colocado al principio, sociedad que por lo mismo que era alta y poderosa, no le servia á vd. de nada ahora que vd. estaba muy bajo y débil, porque es la sociedad una especie de cuerda tirante, que cuanto mas alta está, mas fuerzas necesita el pobre titiritero para bailar en ella. Medité un poco sobre esto, y hallé que en la sociedad de vd., la fuerza mas poderosa, el balancin indispensable para guardar el equilibrio, eran unos cuantos trapos, cortados de este ó del otro modo, y acomodados sobre el pobre cuerpo humano, que desnudo y por sí, parece que no vale cosa. Entonces me dí á mí

mismo la razon de cómo vd. á pesar de todas sus disposiciones y facultades, habia venido á caer, rompiéndose el alma, desde su tabladillo, habiéndose imprudentemente quedado sin ropa, sin balancin para guardar el equilibrio, y seguir haciendo sus piruetas en la cuerda en que bailaba. Lo mismo le sucedió á un aprendiz de volatin de que nos habla una fábula. Los aprendices de todas las cosas siempre son confiados, como ignorantes que están de lo que una causa mezquina puede valer en su arte.

No hay cosa en este mundo que no esté enlazada esencialmente con alguna pequeñez: y si así sucede, qué se ha de hacer, paciencia y barajar. Razon tiene vd. para impacientarse, verdad es que estoy un poco pesado, pero este es mi carácter, y ademas quisiera yo enseñarle á vd. á meditar un poco mas sobre todas las cosas, y á no ser tan ligero de cascos.

Pues señor, como iba diciendo, al momento conocí que estaban enteramente cortadas todas las comunicaciones entre vd. y su sociedad, vea vd., ¡quién lo diria! por la simple falta de ropa. A este muchacho, me decia yo, no le falta ni carácter, ni querida, ni amigos, ni protectores le faltarian tampoco, si su orgullo no necesitara ir protegido por un frac, para no estar ni un punto mas abajo, á su parecer, que aquel que le protejiera. ¡Maldito orgullo! pero al fin lo tiene, y es necesario ver cómo con él y todo, le sacamos adelante. Me parece que no puede vd. pedir de un viejo como yo, sino que transija con las faltas que hay en el carácter de vd. Pues señor, sabido ya todo esto, me dí el parabien de haberlo averiguado, y al momento se me ocurrió que era sencillísimo el medio de que vd. volviera al mundo á tentar fortuna, pues aun cuando le falten á vd. todos sus amigos, tiene vd. la otra esperanza de su querida, y si le falta á vd. todo, entonces quiere decir que está vd. predestinado á ahorcarse, y en ese caso se ahorca, y Cristo con todos, que para eso no le ha de faltar á vd. proteccion; al contrario, la tierra, el cielo y sobre todo los hombres le convidarán á vd. amablemente á hacerlo del modo que vd. encuentre mas suave, y mas blando, y mas regalado. Pero yo tengo esperanzas de que hemos de lograr nuestro objeto. No hay mas que hacer sino ponerse muy majo, y con esto, y con lo que su desgracia, que es gran maestra, le pueda haber á vd. enseñado, aprovechar el tiempo y no dejar que la cabeza se vaya á pájaros, sino sujetarla á que piense en una sola cosa, y obligarla á

que aplique toda la energia que pierde en una porcion de pensamientos vagos y aéreos, á un objeto macizo, con su correspondiente latitud, longitud y profundidad, capaz por consiguiente de peso y medida, como lo es el matrimonio, que es en lo que yo quiero que piense vd. ahora. Para esto hay la fortuna de que ni aun tiene vd. que acudir á su antiguo sastre, que puede que por no mandarle hacer nada sin poderle pagar á tocateja, fuera vd. todavía tan niño y tan pobre hombre que anduviera dudando, sin pensar en que al bienestar en un hombre como vd., pueden sacrificarse sin remordimiento de conciencia, de veinte á veinte y un mil y quinientos sastres, con todas sus familias, herederos y sucesores.

Yo creo que rebajado el pico, hay justícia en lo que dice don Ramon. Apuradamente nunca pagarán estos malos cristianos lo que hacen padecer al mundo con sus equivocaciones, con sus enmiendas, con sus mentiras y con sus cuentas, que son tan exhorbitantes y tan disparatadas como las del gran capitan al rey católico, que merecia mejor por su mezquindad y real ingratitud, estas pesadas bromas de su generoso caudillo, que no un pobre parroquiano de su sastre, que nada ha hecho por él, sino urgarle, medirle y cincharle, y otra porcion de judiadas, sin darle reinos ningunos, sino tormentos, rabietas y sinsabores. Estoy de tan buen humor, que si no fuera porque tengo gana de concluir el cuento, que ya me va á mí mismo fastidiando, habia de poner aquí una especie de lejislacion escepcional, con la cual creo yo qne se conseguiria que los sastres sirviesen mejor á los hombres.

No quiero personalidades, y así, advierto que si algo malo digo de los sastres, no es de los sastres presentes, sino del ente moral sastre, pues ni por el pensamiento puede pasárseme hablar mal de los sastres vivos, entre los cuales confieso que hay quien tiene tanta y tan merecida reputacion que apenas la aumentara aquí mi pluma, entregando los nombres célebres, con mi obra, á quien los quiera cojer despues de salidos por las yo no sé cuántas bocas de de las yo no sé cuántas trompetas de la fama, prostituta indecente que se vende de mil maneras, y que ahora se venderá con el cuerpo de mi cuento, que es este cuadernillo, en las mismas librerías en que él se venda: y digo el cuerpo, porque el espíritu quedará en mi poder para no venderle nunca, ni con fama, ni por sqearado.

¡Oh tú, Utrilla, querido sastre mio! Recibe la enhorabuenq aue te

doy de tus poco comunes talentos. ¡Bien sabe el mundo elegante cuánta es tu superioridad en el arte, al resto de tus compañeros! Y bien sabe Dios que á ponerte á la cabeza de todos, no me mueve á mí el amor de parroquiano, muéveme solo el amor á la justicia que debe hacerse á tu mérito intrínseco. ¿Quién posee el secreto de que la ropa se ciña al cuerpo como....cómo diré yo? Pero teniendo esta entonacion algun carácter poético, creo que no haré mal en decir &c., &c., &c., se ciñe al cuerpo como la yedra al olmo. ¡Tú, que con esto logras que las piezas salidas de tu taller, tengan toda la elegancia que en tus artísticos sueños imaginas, sin el amaneramiento que tanto se opone á la verdadera elegancia! ¡Tú, en fin, tú, á quien yo ahora me dirijo, tú eres casi el bello ideal del sastre! ¡Tú te has hecho superior á este siglo en que se está cerniendo el porvenir del mundo; este siglo que no hace mas que prometer sin cumplir; y separando tu causa de la de todos tus compañeros que mienten con el siglo, que los envuelve en su marcha, así como á los gobiernos, que tambien van envueltos como los malos sastres, en los embustes de la época; separándote del siglo, de los sastres y de los gobiernos, cumples tú relijiosamente tus palabras, portándote como debes y sin atender á mas.

Pero ¡qué puedo yo decir de tí, famoso Utrilla, que no se haya dicho en los pocos salones que en la corte tenemos, donde se introduce el delicado y pulcro espíritu tuyo, que reside en todo cuanto corta tu anjelical tijera, sobre los cuerpos de los pocos elegantes que tenemos en la corte! ¡Allí es donde absolutamente reinas, y donde por unanimidad y sin contradiccion eres respetado como rey del arte!

Sabe, amigo mio, que no á todos los reyes les sucede lo mismo; pero es sin duda porque no presentan al público obras tan buenas y tan acabadas como las suyas.

¡Adios, Utrilla, adios! que á quien con justicia pueden tributársele las anteriores alabanzas, no he de ir yo á ponerle el pequeñísimo defecto de que por vanidad y despreciándole, no quiere poner en su corona el floron bellísimo que podia añadirla, si cortara él mismo, con cuidado, los tan necesarios y por él tan desatendidos pantalones!

Tambien de ʼ me acuerdo, caro y carísimo Rouget; pero sigue vendiéndote care ue bien lo merecen tus ricas telas, y yo entre

tanto me vuelvo á mi cuento, que por desatendido, estoy viendo que me va á salir como los pantalones en que Utrilla no se interesa.

Don Ramon, que hablaba á Rafael de que no necesitaba mandar hacer la ropa á su sastre, siguió diciendo así:

—Afortunadamente tengo yo un amigo á quien nunca hubiera conocido acaso, si mi desgracia no me hubiera traido á vivir á este zaquizamí, y este justamente es el que nos ha de servir mas que todos los amigos que hemos vd. y yo tenido en nuestros buenos tiempos. En el piso principal de esta casa vive un buen viejo con quien yo he contraido casi intimidad, de resultas de ser vecinos. Es un buen hombre que ha sido sastre, y que cuando se ha hecho rico ha dejado el taller á un hijo suyo, y él se ha retirado á vivir independiente con su buena mujer á esta casa que es suya, donde están los dos á sus anchas y tan contentos como nosotros en un palacio. Yo con mis tres galones y todo, les he hecho algunas noches la tertulia y me he sentado á su brasero, que por señas, es mejor que el nuestro. Son unos buenos viejos, muy honrados, muy temerosos de Dios, y yo le aseguro á vd. que he pasado muy bonitos ratos en su salita abrigada y adornada con sus escaparates del niño Jesus y de la divina Pastora en los rincones, con su mesita de nogal con embutidos en medio, con su relox de pared sin caja, y con su sofá y sus sillas antiguas de damasco encarnado. Algunas veces les he envidiado en medio de la paz que allí reinaba, y solo me he consolado con el pensamiento de que los tres éramos tres pobres viejos. Pues señor, con estos viejos, por la parte que tengo de viejo, he hecho tan buenas migas, que todos tres nos queremos como buenos amigos. El señor Lúcas y la señora Josefa, tienen casi su vanidad en ser amigos del coronel don Ramon, que es para ellos un hombre muy llano, y el señor coronel don Ramon los quiere mucho, y habla pacíficamente con ellos del bueno y del mal tiempo, de las cosechas y de otras cosas así. Los niños y los viejos se hacen muy pronto amigos, los unos empiezan la vida y buscan con quién pasarla, los otros la acaban, y se reunen fácilmente como buenos compañeros de viaje. A mi buen amigo el señor Lúcas pienso recurrir ahora, y estoy seguro de que me servirá. Haré que hable á su hijo, que es uno de los mejores sastres de Madrid, y se hará vd. toda la ropa que necesite, al fiado. Como tengo tanta confianza en que

esto ha de producir buenos resultados, yo salgo por fiador con el señor Lúcas de que vd. pagará á su hijo religiosamente cuando tenga dinero. Yo inventaré cualquiera historia y se la contaré, para que vd. no haga aquí el papel del pobre. Me parece, amigo mio, que no puede vd. desear mas. Entre todos los viejos de este mundo, puede que no halle tres, que despues de saber lo que vd. ha hecho, comprendan tan bien como yo su carácter y su posicion. Gran fortuna ha sido la de vd. en dar conmigo, que puedo con todos mis años ponerme al nivel de vd., y prestarle al mismo tiempo toda la esperiencia y conocimiento del mundo que á vd. le faltan. Si vd. despues de esto quiere seguir mi consejo, yo le ofrezco á vd. mi ayuda para guiarle en el asunto del matrimonio, en caso de que haya obstáculos que vencer. En los matrimonios, despues del amor, intervienen padres, parientes, tutores, escribanos, curas, sacristanes y monacillos. Vd. solo tiene que entenderse con el amor, que es de lo que puede saber algo; de la otra parte positiva sé yo mas, y si fuere necesario, le ayudaré á vd. á burlarse de ella, con mis buenos consejos de viejo corrido.

Con atencion habia escuchado Rafael lo que el buen coronel le habia dicho, y hallando en todo ello un fondo de verdad y un cariño grandísimo de parte de quien tanto habia pensado en su provecho, por conviccion y por agradecimiento, adoptó el plan de don Ramon, y se propuso salir con sus esperanzas cuerdas, del estado á que le trajeron sus esperanzas locas.

Llamólos á esta sazon para comer Luisa, que tenia la pobre los ojos hinchados de trabajar.

¡Desgraciados cuanto hermosos ojos negros! vosotros habíais nacido para ser agitados tan solo por el placer ó por el dolor!

No habia pasado mucho tiempo, aunque sí con el irritante paso de la tortuga para Rafael, desde que le dejamos, cuando un dia á eso de la una de la mañana estaba muy afanado al espejo, viendo el modo mas elegante de juntar en un lazo, las dos puntas de su corbata. Pudo lograrlo al fin, y despues de puesto un delicadísimo chaleco y un amable frac, quedó con su rica camisa de batista, porque lo que es de ropa blanca, no habia vendido ni un hilo, quedó nuestro Rafael que no habia mas que pedir, ni de nobleza, ni de elegancia, ni de nada. Apenas se hubo vestido, cuando salió de casa, y dejó á su hermana leyendo, no trabajando, porque desde que habian empezado todas estas cosas, ni Rafael habia vuelto á su fastidiosa traduccion, ni habia permitido que Luisa se echara á perder, atareada en sus labores, á las que se dedicaba la pobre sin melindres, con cierta paciencia y resignacion de buen tono, pero que indudablemente la eran odiosísimas, y la secaban el alma.

No dejó Rafael de notar, suspirando, el ridículo que habia en salir de una casa como aquella, siendo la tal casa la vivienda del elegante; pero bien pronto su disgusto se trocó en una risita jocosa y amarga, con la cual aceptaba este y otros muchos ridículos. Tomó con esta risita el camino, ¿qué camino habia de tomar sino el de la casa de Inés?

No fué poca la inesperada alegría que esta tuvo al verle, comparable solo con el profundo gozo que él esperimentó.

Las mujeres no suelen tener gozos profundos; todas sus sensaciones de placer son pura alegría. Esto es lo que á mí me parece, porque lo que es de positivo, ni yo ni ningun hombre sabemos nada acerca de su parte moral. Quiero tanto á las mujeres, que no está en mis manos el no tratar de analizarlas y pensar sobre ellas siempre que se me presenta ocasion.

Alegróse, pues, nuestra niña, y mientras ella en su alegría no pensaba en otra cosa sino en mirar la bonita figura de Rafael, su tia le preguntaba la causa de su tan pronta vuelta, cómo estaba su hermana, á quien ella no conocia, y otra porcion de cosas que en resumidas cuentas nada la importaban. Rafael, que ya habia pen-

sado en todas estas preguntas, fué colocando las respuestas que habia imaginado en su lugar correspondiente, ensartando una tras otra, una porcion de mentiras que eran un cargo de conciencia, y entre ellas la de que habia venido solo, y que su hermana no vendria hasta despues de uno ó dos meses. Nada mas hubo de particular en esta visita, si no se quiere que deje de ser general el que Rafael é Inés, aprovechando un momento en que la tia buscaba yo no sé qué cosa por la sala, se dieron un beso suavísimo y mudo.

Si algo de malo hay en esto, que yo creo que sí, preciso es decir que Rafael tuvo toda la culpa, porque la pobre Inés, cuando quiso recordar, ya tenia los labios del atrevido muchacho sobre los suyos, y habia soltado el beso.

Salió de allí Rafael lleno de esperanzas y completamente feliz de presente. Al volver á su casa encontró algunos amigos en las calles. Fué repitiendo á todos sus mentiras, y en cuanto al fatal secreto de su casa, solo dijo que vivia en la de un compañero de viaje que tenia casa de huéspedes, pero que era muy mala y que se iba á mudar de un dia á otro.

Mucho habia aprendido Rafael en poco tiempo de desgracia. Yo tengo para mí, que si algo de cierto tiene eso que suele decirse, de que los hombres de talento son pobres, consiste en que todos los pobres son hombres de talento, como quien tan en juego tiene siempre su imaginacion para hallar recursos y espedientes de vida. Lo cierto es que Rafael, que no habia sido nunca tonto, era ahora discretísimo, y que durante una buena temporada, en que se vió precisado á desenvolver cierto carácter embrollon para salir de una porcion de apuros en que le ponia su situacion, se portó como si toda su vida se hubiera visto en ello.

Cuando entró en su casa, le esperaba con impaciencia don Ramon para preguntarle lo que habia sucedido. Le llamó Rafael á su cuarto, porque desde un principio, con la delicadeza de su carácter, no habia querido que Luisa supiera ni una palabra de esta trapisonda, y allí le dijo todo lo que habia pasado, incluso el beso que tantas esperanzas le daba.

Es verdad que esto se lo dijo muy de paso, así como escapado en medio de su entusiasmo amoroso; pero con todo, fué muy mal hecho, y harto será que no fuera malo, como amante, el carácter de Rafael.

Fueron despues á comer, y en la mesa, para engañar á Luisa, habló tambien Rafael de mil mentiras que ella acaso no creia, pero que la ocultaban la verdad. En esto daba Rafael una prueba de buen tono y de respeto á su hermana, que le hace mucho favor, pues conocia que hay negocios que aunque nada de particular tienen para los hombres, no pueden llegar á las mujeres sin vulgarizarlas. Su hermana era una señora, y no queria él que ni aun la desgracia la rebajara de aquel rango.

Aquella misma noche vió otra vez á Inés en una sociedad, donde Rafael se divirtió todo lo que podia divertirse, porque á pesar de que habia decidido cambiar de carácter en muchas cosas, todavía, sin embargo, sentia de cuando en cuando sus punzadas, de lo que don Ramon hubiera llamado tontería. Pero, en fin, se divirtió, habló mucho, se vió hasta obsequiado por sus antiguas amigas, y no contribuyó esto poco á que Inés se manifestara mas amorosa, y á que, á pesar de todos los inconvenientes, que no son pocos para los pobres amantes delante de gente, tuvieran una conversacion, que habia sido acaso la mas positiva que hasta allí habian tenido. Toda la felicidad del amor le estaba entrando á cántaros á Rafael, por los oidos, por los ojos y por el olfato, y no por los otros sentidos, porque el gusto y el tacto son mas exigentes, y no se contentan ni con palabras, ni con reflejos, ni con aromas.

Mientras de tanta felicidad gozaba Rafael, es de suponer que el buen sastre, que indudablemente se la habia dado, estuviera, *trrin, trrin, tris tras* con sus tijeras, sin conciencia de lo que hacia ni de lo que podia hacer.

A todos los genios les sucede lo mismo.

Se acabó la fiesta, y volvió nuestro elegante y obsequiado Rafael á su pobre casa, costándole no poco trabajo escaparse á su rincon, contestando á alguno de los que con él salian que le preguntaban: ¿adónde está su casa de vd? ¿vamos por el mismo camino? No, decia Rafael, no voy ahora á casa, voy....

—Pues.... le interrumpian, va vd. por ahí, amigo feliz, quién uera como vd. ¿Y quién es ella, porque Inés no será? no, pues yo le voy á seguir á vd. los pasos.

Y por este órden oia Rafael otra porcion de tontísimas bromas, insípidas y sin gracia que tanto abundan entre la gente que se llama de buena sociedad, en la cual hay cada tonto y cada imperti-

nente y cada hombre sin educacion de caballero, que yo no sé cómo puede ser buena. Al fin, lo mismo esta noche que todas las demas, logró Rafael safarse, haciéndose el indiferente, y huyendo como del fuego de las amistades íntimas.

Siguió haciendo esta vida una porcion de dias, siempre muy elegante y casi casi con lujo, porque nuestra sociedad es mas pobre que la de otras naciones, y con seis ó siete mil reales que importaria la cuenta del sastre, estaba al nivel del mas pintado, pues afortunadamente no se acostumbra llevar puesto mas que un traje, y no se ha dado en la moda de llevar los elegantes dos ó tres mulos detras de sí, cargados con el resto de su numeroso equipaje. No llevaba diamantes, ni cadenas, ni sortijas, pero ya tenia él buen cuidado de hablar siempre que se ofrecia ocasion, muy mal de todos estos enredos, como indignos de la sencillez con que debe vestirse un hombre de buen tono.

No creo yo que los diamantes y otras cosas así, colocadas con buen gusto, estén reñidas con el buen tono; pero todo el que no las tenga, debe ser de la opinion de Rafael, porque menos le cuesta esto que comprarlas.

Poco á poco, ó por mejor decir, mucho á mucho, fué menudeando nuestro jóven las visitas á casa de Ines, y lo llevaba todo muy adelantado con ella, y á decir verdad, sin haberse acordado mas que de su amor, cuando un dia su tia, que era una de estas tias de mal tono, aunque con sus pretensiones de aristocracia, le llamó aparte y le preguntó, pregunta formulada para tales casos lo menos hace ya treinta siglos entre la jente honrada: le preguntó con cierto aire de reprension, que con qué intenciones iba á su casa.

Amante ha habido, que estando un poco fastidiado de la niña y de su familia, y no pensando en el matrimonio, por no mentir ha respondido la verdad, y ha dejado helado con su pecadora franqueza al virtuoso preguntante. Pregunta es esta que ha venido á importunar y á cachifollar á mil amantes menos dichosos y que no sabian cuáles eran sus intenciones.

Afortunadamente, Rafael tenia sus intenciones correspondientes, y por la santidad de su fin podia confesarlas sin ruborizarse. Así es que respondió con sencillez.

—Nuestras intenciones, señora doña Isabel, son las de casarnos.

—¿Conque ella tambien?..... ¡Oh tonta de mí, que por mi indi-

ferencia tengo la culpa de todo! ¡Pues no! ¡no será, no! ¡no será! ¡Vd. es un seductor!.... esclamó la buena de doña Isabel, con una rabia que daba risa.

A Rafael, que estaba muy sereno, gracias á las instrucciones que don Ramon le habia dado para esta esperada escena, le hizo mucha gracia aquello de llamarle seductor.

¡Oh pasiones, y cómo trastornais el sentido de los humanos! ¡Seductor un hombre que trata de llevar al pié de los altares y desde allí á su casa á la querida de su corazon! ¡Seductor un pobre hombre que ha sido seducido hasta este punto por una mujer, que sabe Dios cómo le saldrá! ¡Seductor, á quien por el contrario le cae la mala suerte de estar siempre velando, si no quiere que su mujer sea seducida por un verdadero seductor, á quien todas las mujeres casi se rinden, bien sabe Dios que contra su voluntad y contra lo que su obligacion las pide, pero á favor de lo que las piden otra porcion de cosas suyas! No hay valor para sufrir, ni aun en chanza, esta infernal injuria que doña Isabel arrojó sobre el pobre Rafael, que es bien seguro que á no haber estado enamorado como un tonto, ni por todos los tesoros del mundo hubiera vendido su libertad, empeñando al mismo tiempo su honor en manos de una mujer, criatura débil, delicada, temerosa, asustadiza, inocente y simplecilla, cualidades todas que se están brindando á que un hombre, criatura por el contrario, fuerte, grosera, impávida, serena, dañina y compuesta de otra porcion de cosas, venga y se lleve por delante el honor y la mujer, y todo lo que encuentre.

No se enfadó con todo Rafael, sino que suavemente y guardándola mil consideraciones, trató de convencer á doña Isabel de que aquello no era una seduccion, sino todo lo contrario. Hablaba, en fin, con tanto comedimiento, se vió ella tan apurada para dar razones en contra del matrimonio de su sobrina con un muchacho tan guapo, tan atento, tan cortes, tan caballero, y por su porte tan bien acomodado, que en vez de prohibirle la entrada en la casa como al principio habia dicho, esto quedó reducido á que no volviese tan á menudo, y en cuanto al matrimonio, dijo doña Isabel que ella estaba bien segura de convencer á su sobrina de que era un disparate y de que se dejara de sus amores.

En medio de todo, no deja de ser amable la simpleza de esta buena tia, que sin quitar al amante de en medio, creia poder concluir los

amores de la sobrina. Es verdad que su intencion fué la de que Rafael no volviera á su casa, pero este se portó aquí como un hombre muy pegajoso y muy difícil de echar de cualquiera parte. Hubiera necesitado doña Isabel tener mucho talento ó ser idiota, para negarse á convenir en una porcion de razones suavísimas que el buen jóven decia. Sin embargo, esta escena, que no deja de ser interesante en la vida de Rafael, ó no se hubiera representado, ó hubiera tenido resultados muy diferentes, sin el pasaporte de rico que Rafael llevaba en su traje. El sabia lo que pasaba en su casa; pero la ropa, que no tenia nada que ver con esto, hacia y decia por él una porcion de cosas, que él no se hubiera atrevido á decir por no ser fanfarron.

Entretanto el autor de aquella elocuencia, entretanto el bueno del sastre seguia *trrin trrin, tris tras*, con sus tijeras cortando sus fraques, sus levitas, sus chalecos y sus pantalones, cantando tal vez unas seguidillas como quien no se da importancia.

No dejó Rafael de contar á don Ramon con todos sus pelos y señales, la importante conversacion que habia tenido con la tia de Ines; y el buen viejo, que era sin duda algo grosero, y que en todas las cosas de este mundo cuando ellas son tan limpias como se puede probar, veia algo de sucio y de indecente, creyó notar en las razones de doña Isabel, cierto miedo de perder con su sobrina, ciertas cosas que sin duda ella no tenia por sí.

—Pondria las orejas, dijo, á que esa buena tia es pobre, y en ese caso hemos ganado el pleito, porque la sobrina es rica, y bien puede vd. ser generoso con doña Isabel y darla lo que quiera. Estoy seguro de que vd. haria esto de todas maneras, pero no basta, porque doña Isabel sabria eso de que no hay que fiarse de nadie, pero tampoco dejará de saber que hay recibos, escrituras y otra porcion de obligacioncillas en que entra papel sellado, y que son promesas firmes y verdaderas. ¡Ea! no hay que hacer aspavientos, lo que hay que hacer es ver si es cierto lo que yo digo, y asegurarla su parte en la ganancia á esa buena mujer.

Le quemaban estas cosas de don Ramon á Rafael.

—Pero por si esto no fuere como yo lo pienso, es necesario que no deje vd. de tener sus citas con Ines. Como ella esté firme, no tenga vd. cuidado de nada, porque sin embargo de que los padres ó los que están encargados de los menores, son personas racionales como ca-

da hijo de vecino, sin embargo, cuando la gente se quiere casar, suelen adolecer de un achaque que se llama *irracional disenso*; y entonces hasta los hijos, cuanto mas los que no lo son, publican la *irracionalidad* de sus padres y se salen con su gusto, porque las leyes protejen á los racionales contra los padres así y otras bestias fieras.

No hubiera necesitado Rafael del consejo de don Ramon para ver á Ines, y así es que no se descuidó y la vió, aunque no muy á sus anchas, como mejor pudo siempre que ella le proporcionaba una cita por la noche, que fué algunas veces.

Voy ya muy de prisa, y quiero concluir pronto, que si no, habia de describir estas citas de tal modo, que á todo el mundo le entraran ganas de estar en ellas y de citarse un dia sí y otro no, ó de tres en tres dias, que es mas prudente para no perder la salud perdiendo el sueño tan á menudo.

En cuanto al otro consejo, tampoco dejó de tomarlo por mas que le repugnara el suponer sentimientos tan bajos en la pobre doña Isabel. Esta procuraba por todos los medios posibles que los dos amantes no se vieran, y era desde el dia en que la dejamos casi casi hasta cruel con su sobrina, á quien imponia una porcion de privaciones, privaciones que sufria Ines con resignacion, porque así se lo aconsejaba el mismo hombre de quien su tia queria separarla, que en cambio de tan mal tratamiento, se tomaba la incomodidad de verla, con peligro y á hurtadillas, solo por aconsejarla que tolerase con paciencia los caprichos de esta tia.

¡Oh tia ingrata, corazon de mármol, compara esta conducta con la tuya! No sabias esto, es cierto; pero si lo hubieras sabido, puede que no hubieras sabido agradecerlo.

El primer dia que Rafael fué á casa de Inés, le recibió doña Isabel sola. Nuestro muchacho trató de observar si era ó no fundado el juicio de don Ramon, y sin embargo de que ella no queria hablar de tal cosa, él la fué poco á poco metiendo en conversacion, y poniendo en juego todo su talento, la arrancó en fin espresiones que no le dejaban duda de las ruines miras de la pobre doña Isabel. Entonces él, despues de manifestarla un cariño y una ternura de hijo, despues de hacerla mil protestas de que moriria de amor, si ella no consentia en aquel matrimonio, porque él contra su voluntad no hacia nada, despues de otra porcion de cosas por el estilo, con la mayor delicadeza posible, y con tanta, que yo tengo para mí que ni

la merecia ni la necesitaba doña Isabel, sino que era hija de que el pundonoroso Rafael no concebia cómo se hacian ciertas cosas; con toda esta delicadeza, pues, empezó á hacer promesas de alguna cosa mas positiva que el cariño.

No quiero entrar en los pormenores de la conversacion: basta saber que en aquella conferencia quedaron acordes Rafael y doña Isabel, y contratada por esta buena tia su querida sobrina. ¿Pero no fué mas bien en vista de la buenas cualidades de Rafael, que por otra cosa, por lo que cedió doña Isabel? ¿Hubiera cedido tambien á un hombre perverso por el mismo precio? No señor, es necesario confesarlo; á un hombre perverso le hubiera llevado mas: porque algo habia de valer el sentimiento de hacer infeliz á su sobrina.

Algunos apurillos pasó todavía Rafael, porque estaba muy falto de dinero, y se habia cerrado en no pedir un cuarto á nadie, sin que para esto bastaran los consejos de don Ramon; pero estos apuros todos fueron pequeños y graciosos, que podrian divertirnos un rato si yo no tratara de acabar pronto, diciendo solo lo puramente necesario.

Despues que doña Isabel estuvo ya de parte de nuestro jóven, todo fué cuesta abajo, porque el tutor de Inés era casualmente amigo antiguo de su tia: ni le perjudicó su pobreza, porque Ines ya la sabia hacia mucho tiempo. Es decir, sabia que no tenia lo que se llama bienes de fortuna, porque él, fué esto lo primero que la dijo, apenas imaginó casarse; pero lo que es de su pobreza en detalle, de su patrona, de su mala casa, de sus apuros de dos ó tres pesetas, de eso no la dijo ni una palabra. La falta de bienes de fortuna tampoco la importó mucho á doña Isabel, cuando lo supo, que fué mucho despues, porque como ella decia, su sobrina era rica por los dos, y él era un muchacho de muchísimas esperanzas, y sobre todo noble y de muy buena familia.

En fin, despues de todo arreglado, se casaron Inés y Rafael, sin bulla y sin jarana, porque habia dado Rafael cierto aire de indiferencia á aquel matrimonio, no en cuanto al amor, sino en cuanto á esas tonterías que suelen hacerse cuando la gente se casa.

Despues de ya casados, fué cuando sin contarla pormenores, se lo dijo á Luisa, que siguió todavía viviendo en aquella casa algunos dias hasta que Rafael, por fin, despues de haberla dicho cuatro mentiras que la probaban la necesidad que habia de hacer aquello, dis-

puso que ella y don Ramon, que desde luego se prestó á acompañarla, tomaran la dilijencia de Andalucía, estuvieran por allá ocho ó diez dias, y se volviesen despues, escribiéndole su llegada, para salir á recibirlos. Todo esto no era absolutamente necesario, pero cuando Rafael lo hacia bien sabria por qué. Luisa con su carácter angelical y con su costumbre de seguir los caprichos y rarezas de su hermano, aunque rabiaba de curiosidad, se tuvo que contentar con la esperanza de que sabria con el tiempo todas estas trapisondas. Emprendieron con efecto ella y don Ramon su viaje, del que bien pronto estuvieron de vuelta, y fueron recibidos por Rafael, Ines y su tia. Luisa fué á casa de su hermano, y don Ramon se volvió á la suya, porque nunca quiso admirtir las ofertas que Rafael le hizo para que fuera á vivir con él. Un dia de allí á algun tiempo fué á verle el millonario Rafael, y le pidió por todos los santos del cielo que aceptase una considerable suma de dinero.

—Lo mas que haré, le respondió don Ramon, será gastar con un poco menos de economía, unos cuantos miles de reales que acabo de heredar: si algun dia me falta dinero, cuente vd. con mi palabra de caballero, se lo pediré á vd.

No quiso don Rafael herir su pundonor, haciéndole mas instancias.

Lo que hizo don Ramon fué, como quien ya estaba en mas anchuras, mudarse á una casa buena, cerca de la de nuestro muchacho, donde comia agunos dias y tomaba todos el café. No sé á punto fijo si siguió ó no disfrutando de la mesa de su amado hermano, un domingo sí y otro no. Lo que sí hizo fué renunciar generosamente á la peseta diaria, conociendo que esto era en perjuicio de sus sobrinitos, á quienes su padre queria entrañablemente.

Pasó algun tiempo sin que nada de particular sucediera, hasta que en uno de los últimos bailes de máscaras, se encontró Luisa sin saber cómo, con Cárlos, en uno de los ángulos del salon.

Este Cárlos, es aquel Cárlos que no tendrá nada de particular que hayan olvidado los lectores, que con tan poco temor de Dios, creyendo firmemente que Rafael y Luisa eran marido y mujer, se atrevió contra un matrimonio, y encontró una viuda honrada, que estando en la misma creencia, se atrevió tambien á dar una carta del amante á la para ella inocente esposa de su huésped, pues, como acabados de llegar entonces nuestros jóvenes, ni sabia la buena mujer quiénes eran, ni quiénes dejaban de ser.

La carta aquella habia seguido su curso ordinario; pero aun cuando con ella habian tomado un poco mas de carácter los amores, sin embargo, no hubo tiempo para que crecieran mucho, porque á lo mejor tuvo que marcharse Cárlos, y aunque muy enamorado, no tuvo mas remedio que dejar en Madrid su corazon y su querida, sin despedirse tan siquiera de ella, merced al trato escepcional entre los amigos hombre y mujer, que varia un tanto cuanto del trato del hombre con el hombre.

Acababa, pues, ahora Cárlos de llegar, y lo primero que habia hecho, apenas sacudido el polvo del viaje, habia sido irse á las máscaras, donde por su fortuna la primera mujer que vió fué Luisa. No era el fuerte del buen muchacho, amar de todo corazon y de buena fé; pero en esta ocasion, apenas se encontró con Luisa, cuando le dió un vuelco el corazon, sintió una especie de frio nervioso, y no tuvo tiempo enmedio de su éstasis, para otra cosa, sino para que se le entrase toda entera en el alma, la delicada imágen de la hermosísima Luisa. No sé si á ella la sucedió lo mismo, lo cierto es que los dos se miraban suspensos, y no se acordaban de que las personas bien educadas se dicen algo cuando están juntas.

Por fin, Cárlos, sacando fuerzas de flaqueza, y venciendo lo que para él en otro cualquiera hubiera sido cobardía de señorito tonto, empezó á hablar y habló tan mal, pero con tanta espresion, que no

quiera Dios que yo me meta á decir aquí lo que él dijo allí con los ojos, y con todo el semblante, mas que con la boca; yo, pobre de mí, que no tengo mas ojos que enseñar á mis lectores, que los de mis garrapateadas letras.

El baile seguia; Rafael estaba cenando con una porcion de amigos que no se hubieran alegrado poco de ver á Cárlos; pero él, que estaba ocupado, tuvo buen cuidado de huir de ellos, y no habiendo tenido la fortuna de ser visto, antes de tenerla, se envolvió en un dominó y échele vd. galgos. Luisa estaba con Inés, que como mujer casada y virtuosa y jóven, estaba enteramente á disposicion de su hermana, que se sentaba y se levantaba cuando queria. Eran las dos muy bonitas para que las faltasen moscones; pero todos, en fin, viendo y respetando la tenacidad de nuestro dominó, se fueron con sus bromas al lado de Inés, é hicieron un gran favor con sus risas y su murmullo á Cárlos, y yo creo que tambien á Luisa, que hablaban entre tanto como si estuvieran solos.

Yo no sé lo que se dirian; pero muy marcada debia estar la simpatía entre ambos, porque habia hasta en el sonido de sus acentos un acorde de amor, maravilloso. ¡Felices los cantantes que sin advertir á nadie, se divierten ellos en tan sentido duo!

Seguia en tanto el baile, en el cual mucha gente habria mas fastidiada que la de nuestra historia.

Llegó, por fin, Rafael, al corro de su mujer y de su hermana, y entonces Cárlos llamóle aparte, quitóse la careta, y dejando ver un rostro lleno de entusiasmo y de hermosura, porque es de saber que el amor es un gran cosmético y el mejor afeite que se conoce, le dió un abrazo estrechísimo que fué contestado con placer, y sin andarse en mas rodeos, le dijo:

—Chico, se acabó, estoy decidido á casarme con tu hermana, ¿me la das?

Echóse á reir á carcajada tendida Rafael, y le contestó:

—¡Pues no te la he dar! tú serás quien no la tomará, enemigo declarado del matrimonio.

—¿Qué quieres apostar á que me caso? dijo Cárlos poniendo las dos manos sobre los hombros de Rafael, ¡ea! ¿hacemos una apuesta?

—Pues señor, cásate enhorabuena, que aunque tú no eres muy de fiar, sin embargo, me parece que una mujer tan linda, y hermana mia, te ha de poder sujetar; ademas de que, chico, nosotros hacemos bue-

nos casados á pesar de todo. Pero oye, ¿ella te quiere, eh? Ya yo me presumia algo de esto. Y vamos, dime, ¿cuándo has venido? Cuéntame, cuéntame.

—Chico, mira, no estoy para cuentos, dame una prueba de amor, dejándome hablar con tu hermana, y no digas á nadie que estoy aquí, porque me molestaria ahora cualquier amigo, tanto como una vieja.

Le apretó la mano Rafael, volvióse á poner la careta Cárlos, y el uno cogiendo el brazo á Inés, y el otro á Luisa, anduvieron por allí viendo cómo seguia el baile, que seguia bastante bien.

Pues señor, he aquí que tenemos colocados á los dos hermanos, y á los dos muy bien, porque Cárlos era un título riquísimo de Castilla, que aunque tenia padres, es bien seguro que no se opondrian á este casamiento, porque querian mucho á su hijo, y con solo verla, querrian tambien á su Luisa, por aristócratas que fueran, como no fueran avaros, que no lo eran, y sí padres amantísimos de su hijo.

Todo este fortunon se debia en la mayor parte al bueno del sastre, que *trrin trrin*, *tris tras*, dale que le darás con sus tijeras, seguia indiferentemente el camino de la vida.

Todo iba á las mil maravillas, y ya era seguro que no habia sido una calaverada del momento la proposicion de Cárlos.

Una sola cosa pequeñísima, enmedio de tantas grandes, sucedia, y era nada para el caso, que tenia una tosecilla ligera la hermosa Luisa, de resultas de un costipadillo que cogió la noche aquella de las máscaras. Para curársela de una vez, se metió en cama por uno ó dos dias; pero ya habia estado un mes enferma, sin que Cárlos la hubiese dejado apenas un momento, cuando un dia en que estaba á su cabecera, se incorporó Luisa en el lecho, pasó con blandura la delicada, blanquísima y casi trasparente mano por los aromados rizos de Cárlos, dijo con un acento modulado suavísimamente y con toda la celestial ternura de la esposa del cantar de los cantares. ¡Cuánto amor, Cárlos! ¡Cárlos mio!.... Le dió un beso, y se murió.

Quedó por un momento Cárlos, como bajo la influencia de un sueño, al que daba un carácter de idealidad y de trasparencia, el espíritu vagaroso de aquella mujer dulce y amorosa como un suspiro, que sin duda acariciaba todavía al alma engañada de Cárlos, que dejó entonces al cuerpo inanimado é inmoble, inclinado sobre los amados labios, que nada habian perdido de su delicado color. Salió, en fin, de aquel estado, para caer en el dolor mas sombrío, en la mas desalentada desesperacion, y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazon humano, que tan positivamente choca y se quebranta con los males, como con

vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, á tocar los bienes ligeramente y de pasada.

Fueron muy profundos los dolores de Cárlos, para que yo pueda contarlos uno por uno, y tan grandes, que ante ellos se pierden los de Rafael, que estaba loco de pesar, y los de Inés, por lo que se quedarán mis lectores sin noticia circunstanciada de lo que estos desgraciados padecieron; y si quieren sentir con ellos, sentirán mas en un minuto que se coloquen en su posicion, que en cinco horas de lectura interesante. Solo contaré los hechos que bastan para probar la naturaleza de sus desgracias.

Cárlos, atolondrado, alegre, al parecer no muy tierno, que hasta entonces no se habia enamorado de una mujer, una vez probada la compañía que en el mundo hace al hombre el amor, no pudo acostumbrarse á marchar solo por este fastidioso arenal, donde tan pocos consuelos halla el que no los lleva dentro de sí mismo, ó en el corazon de una mujer querida.

Es verdad que hay una edad en que el hombre no ve en el amor la felicidad; pero Cárlos estaba justamente en la época en que se ve en el amor la felicidad, toda la felicidad, el único objeto de la vida, cuando se tiene un corazon tan lleno de deseos como vacío de goces, si le falta amor, amor, eso que es tanto y que no es nada, lo mismo que el alma del hombre.

Cárlos no dormia, no lloraba, no hablaba, solo se ocupaba en responder en lo íntimo de su corazon cariñosamente, á una mirada que allí habian dejado impresa los ojos suaves, amorosos y espirituales de Luisa. Rodaba por su cabeza la figura alta, delicada, vaporosa de su querida, andando con aquella negligencia que tan misteriosamente convidaba al amor, á seguir el inseguro compas de sus pasos cuando vivia, cuando pasaba por delante de los ojos de Cárlos, lo mismo que ahora por su imaginacion.

Yo no sé si sabiendo lo que esto podia atormentarle, habrá álguien que se niegue á rezarle un padre nuestro, detestándole como á un impío suicida: yo por mi parte le rezaré trescientos, para que si ser puede, salve Dios esta pobre alma de la pena eterna á que la condujo tan sin ella saberlo, un pobre sastre, que sin saber lo que hacia, puso á Rafael y á Luisa en disposicion de que todas estas cosas sucediesen, porque si no hubiera sido por él es casi cierto que Rafael, aunque se hubiera desojado sobre sus traducciones

no hubiera pasado de ser un pobreton indecente; no se hubiera casado, y sobre todo no hubiera vuelto á ver acaso Cárlos á Luisa, la que tampoco hubiera ido al baile, en que cojió el mortal constipado, ni cosa que lo valga. Al fin, yo no diré que la culpa del sastre fuera tan positiva que se le pudiera formar causa, pero mediata ó inmediatamente, de su taller habian salido las penas que aguaron la felicidad de Rafael, los atroces tormentos del pobre Cárlos, la profunda pena de sus padres, que no volvieron á tener un dia alegre, y en fin, tantas cosas como ahora estarán sucediendo de resultas de esto.

El bueno del sastre, entre tanto, *trrin trrin, trrin, tris tras*, con sus tijeras, á sus levitas, á sus fraques, á sus chalecos y á sus pantalones.

Un sastre dió la felicidad á Rafael; tal será la felicidad cuando la puede dar un sastre: ¡pobre género humano! eso que llamas felicidad, es una cosa que puede deberse á cualquiera; pero la verdadera felicidad solo se debe á Dios, que es el que dispone los sentimientos de los hombres; cuando él quiere que uno sea feliz, le hace tonto y se concluyó.

Como es costumbre jeneralmente recibida por los que se proponen algun objeto en sus obras, encerrar en los últimos renglones el resultado de lo que ellos creen que han dicho, y como yo no me propongo ningun objeto en mis obras, sino el de malgastar mi tiempo, y como los últimos renglones de esta cosa, parece que dicen que la felicidad está en ser tonto, añado por posdata estas líneas, para advertir á los que lo sean, que no vayan á creer que es lo que se deduce de todo lo escrito. De todo lo escrito no se deduce nada, ni puede sacarse ningun fruto malo ni bueno, porque todo lo escrito está escrito al buen tum, tum, sin ningun *gran pensamiento fundamental*, sin ningun sistema, ni filantrópico, ni misantrópico, ni nada; al fin, escrito para entretener, no para enseñar, porque á ser este mi objeto, tendria que aguardar á que los años y el estudio madurason mis ideas, y entonces haria un gran servicio á la sociedad, y si tenia toda la ciencia y toda la profundidad necesarias para imitar algun modelo de estas obras filosóficas que enseñan y dirigen, escribiria, no un cuento, sino un libro de los niños, que aunque de lejos, seguiria en cuanto á mis fuerzas me lo permitieran, los luminosos principios y las sublimes cuanto sencillas ideas de algun libro de estos que hay ya escritos, y que á mi entender, hará la felicidad futura de esta nacion, así como la de todas, si á sus diversas lenguas se traduce.

Conque quedamos en que ni digo, ni quiero decir nada de bueno ni de malo en este cuento, cuya única intencion es la de añadir paja al inmenso monton de obras que no sirven para otra cosa sino para matar tiempo, enemigo tan fastidioso por lo menos como los ratones, y contra el cual, lo mismo que contra estos se han inventado, prodijiosamente variadas, infinidad de ratoneras, se han inventado infinidad de pasatiempos, entre los cuales están los literarios, y entre estos, sin mas pretensiones que las que pueda tener en mecánica el autor de una ratonerilla de mala muerte, coloco yo esta dósis de letras, de palabras, de oraciones, de periodos, de párrafos y capítulos, tósigo bastante para matar un par de horas de

tiempo, si el que use de él se aviene á matarle sin provecho propio y solo por matarle.

Nadie ha pensado en sacar partido ninguno de los ratones muertos, porque muertos ellos y limpia la casa es todo uno, y esta es la ventaja que se busca, y no la de aumentar la racion de carne en la olla. Perseguido, pues, por mí el tiempo, como los ratones y nada mas, claro está que si aquel á quien yo dé esta receta casera: "léase lo anteriormente escrito y matáranse un par de horas, y es probado" se encuentra con que habiendo hecho uso de ella, efectivamente ha matado ese tiempo, aunque sin instruirse, tiene tanto derecho para quejarse, como el que despues de ver limpia su vivienda de indecentes animaluchos que para nada le servian, se lamentara.

FIN